

LOS GRANDES SUCCESOS

Nº 3



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



30 CTs

UN ACCIDENTE AUTOMOVILISTA EN PALENCIA



POR UN VUELCO MUEREN CUATRO PERSONAS Y RESULTAN DOS HERIDAS

Ayuntamiento de Madrid

El nuevo Director general de Seguridad

Unas palabras de D. Ricardo Herráiz

La dimisión del señor Galarza en su cargo de Director general de Seguridad, levantó, lógicamente, una polvareda de nombres que se consideraban indicados para ser indudables substitutos, y la opinión que elegía estos nombres, que luego barajaba, fijó su atención en quien entonces desempeñaba la jefatura superior de policía, don Ricardo Herráiz, y su nombre comenzó a sonar como posible sucesor del señor Galarza.

La insistencia con que circulaba el rumor, y la satisfacción con que los funcionarios de la Dirección, y cuantos con ella nos relacionamos, lo hemos visto confirmado, indican la más fuerte argumentación que la elección ha sido totalmente acertada y que cuantos conocen la labor que en silencio ha venido realizando el hoy Director general, y los estudios que en sus viajes a todas las capitales europeas ha hecho acerca del cuerpo de Policía, se va a plasmar ahora en magníficas realidades.

Tengo la certeza más absoluta de herir su sincera modestia al detallar esta parte tan mínima de los elogios a que es acreedor, pero no me inquieto, porque no se peca al decir la verdad; ni temo nada, porque el nuevo director es hombre a quien su constante trabajo no le ha permitido conocer la ira.

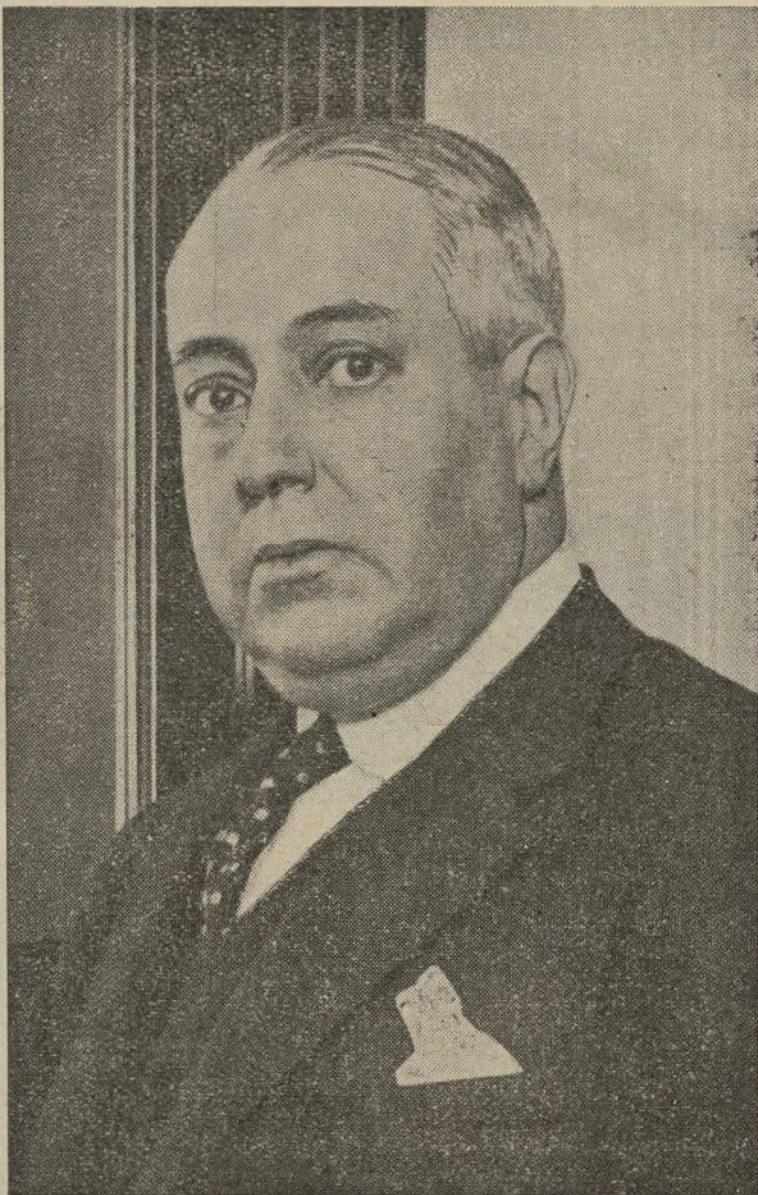
Van estos párrafos a manera de preámbulo, porque sé que ahora, al entrevistarme con él, por mucho que me esfuerce para conseguirlo, no he de lograr que diga nada que, ni aún de lejos, pueda redundar en elogio, justísimo en este caso, de su labor, y lo mismo que le resulta fácil encontrar éxitos en los demás, y meritisima la labor ajena, todo cuanto con él se relaciona lo encuentra insignificante, tanto de interés y rotundamente se niega a hablar de ello.

Solicitamos su autorización para hablar un poco, de lo que él nos diga, a los lectores de LOS GRANDES SUCESOS, y y que nos permita tirar una placa, y aun esto, tan lógico, y que tan dispuesto se halla todo el que ocupa algún cargo, se niega en un principio; no cree que su personalidad sea tan interesante que merezca esa publicidad; y sólo otro sentimiento tan arraigado en él como la modestia, que es el de complacer a toda solicitud, le vence, y se resigna, dispuesto—según nos dice—a ponerse en evidencia, dejándose interrogar mientras Ortiz tira la placa.

—¿...?

—Mi carrera, breve y muy sencilla: ingresé en el Cuerpo de Vigilancia como Inspector de tercera, y de este cargo pasé a Comisario de segunda categoría, que disfrutaba cuando me marché del Cuerpo en tiempos del general Arlegui. El cargo de Jefe superior lo desempeñaba hace siete meses, y nunca pensé que hubiera de abandonarlo para venir al puesto de Director; como funcionario, soy un cesante del Cuerpo de Vigilancia.

—¿...?
—Opinar acerca de este cargo, es un poco delicado; pero creo, con toda sinceridad, que deben ocu-



Don Ricardo Herráiz, nuevo Director general de Seguridad.

parlo personas que se hallen suficientemente preparadas para realizar en él una labor competente y no vean en ello una cosa transitoria supeditada a pre-

sentar la dimisión en el momento que puedan sufrir un fracaso, cosa por lo demás perfectamente posible. En el extranjero no se tiene este concepto, y un Director de Policía puede laborar en la seguridad de que un contratiempo no le ha de colocar en la situación de dimitir; esta costumbre nuestra será quizá debida a que, los que ocupamos éste, y otros altos cargos, seamos excesivamente puntillosos. Por lo demás, el cargo, y en general la función del policía, es ingrata; el público no apunta nunca los aciertos ni la labor continua que se está realizando y que para él pasa desapercibida, pero anota en seguida cualquier tropiezo que puede sufrirse.

Insisto en que el Director de Seguridad debe ver en su cargo, más que algo político de carácter pasajero, un puesto que ha de desempeñar mientras viva y que aun en el caso de abandonarlo tampoco debe entregar en manos de su sucesor el mando sin dejar una huella benéfica de su paso; este es, al menos, mi modo de pensar, y con arreglo a esta norma he de laborar, sin que esto indique, ni mucho menos, apego al cargo, que entregaré muy gustoso a mi sucesor. Si antes no me obligan a dimitir—me dice en tono festivo—las innumerables peticiones que estoy recibiendo por parte del personal y ninguna buscando el puesto de peligro en la profesión.

Ortiz ha terminado su labor, y ante el temor de cansar al que tan cordialmente se nos ofreció, nos despedimos del señor Director general lamentando solamente que mi torpeza no sepa quizá poner de relieve las condiciones que le hacen insustituible en el cargo, pero recurro al cómodo sistema de encomendar al tiempo la labor que yo no sé realizar y que él pondrá de relieve con su magnífica elocuencia.

FERNANDO ERENAS.

LOS GRANDES SUCESOS felicitan, muy cordialmente al nuevo Director general de Seguridad, Sr. Herráiz, porque en él vemos, en sus dotes de mando, en sus conocimientos de los problemas vivos que afectan a la Policía, un propulsor lo suficientemente preparado para desarrollar una labor de reglamentada eficiencia.

Tenemos un sentido teórico de lo que deben ser los hombres que han de ocupar determinados cargos, un sentido técnico que en parte está en contraposición con el sentido político—la política es todo pasión y el tecnicismo ha de ser todo serenidad.

Y el Sr. Herráiz, que va al cargo como técnico, es persona a hurto de toda pasión política, aunque esa política, mal entendida, le ha herido en sus intereses y le ha perjudicado en su carrera.

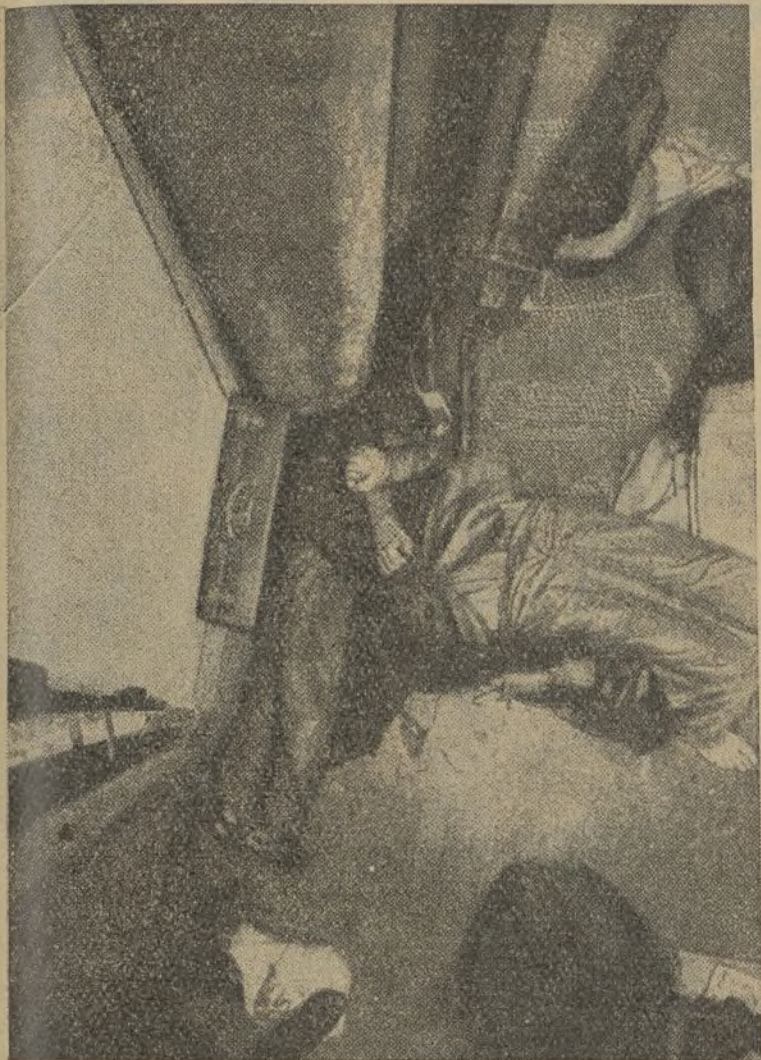
LOS GRANDES SUCESOS se ofrecen al Sr. Director general de Seguridad, y felicitan al Sr. Herráiz.



Nuestro compañero Fernando Erenas, hablando con el Sr. Herráiz, nuevo Director general de Seguridad.

UNA NOCHEBUENA TRAGICA

EL ASESINATO DE LOS HERMANOS CHAPUIS



Las víctimas en la posición en que fueron encontradas.

Los músicos acaban de terminar un lánguido tango. En los alegres lugares de esparcimiento de Montmartre y de Montparnasse, las encantadoras mujercitas, cubiertas de pieles y cuajadas de gemas, fuman sus cigarrillos de lujo y consumen el «champagne». Es el primero de enero, día de fiesta, de alegría, de regalos para los pequeños y para los mayores. Día de fiesta para los dichosos, para los ricos... Pero, ¿y los otros? ¡Cuántos dramas han surgido entre ellos en esta noche! Mientras que unos danzan, otros se acometen a golpes, a cuchilladas, a tiros. Para los miserables, ésta noche es igual a otras de frío y de rayos de luna helados.

—¿Qué se ha hecho de los hermanos Chapuis, que no se les ve?—se pregunta en este día a la portera de una finca de la rue Brise-Echalas—, sin obtener contestación.

Francisco y Pedro Chapuis, de veintinueve y treinta y un años, respectivamente, son jornaleros, y cuando no son jornaleros, son vendedores de pequeños objetos. Pero ya sea una cosa u otra, ello les debe de reportar muy poco, porque los muchachos viven miseramente, en esa triste calle popular, que evoca los Misterios de París, de Eugenio Sue.

Verdaderamente, este cuarto de los Chapuis guarda reflejos siniestros. Un camastro para los dos y unos cajones. En lo que hay de abundancia, es en botellas de vino blanco o de tinto. Se observa que les agradaba a los dos hermanos, tanto como a su vecino, Henri Bauer.

Este último no es un personaje muy recomendable. Cuenta en su haber seis condenas por robo, golpes, heridas y atentados contra la libertad del trabajo. Cinco años de prisión y diez de destierro en 1919, por haber matado a cuchilladas a un compañero. Bauer cuenta treinta y siete años, y es violento. Su amante, Pauline Duriense, que vive con él, sabe algo de esto. Los golpes llueven sobre ella cuando va bebido.

Algún vecino de otro corredor nos ha contado que, ya en una ocasión, ocurrió un altercado entre Bauer y los hermanos Chapuis, y que todos fueron llevados a la Comisaría. El comisario preguntó a los Chapuis:

—¿Tenéis algo de qué quejaros?

Y ellos respondieron negativamente. Después el comisario hizo la misma pregunta a Bauer:

—No hay necesidad—contestó bruscamente el interpelado—. Me haré justicia a mí mismo.

Los comisarios de policía de ciertos barrios son muy filósofos, y este pensó que tales palabras no se

llevarían a efecto. Por ello se contentó sólo con amonestar.

—¿Qué pueden hacer los hermanos Chapuis para no salir?

El hecho preocupa ya a la buena portera del 22 de la rue Brisse-Echalas. Francisco y Pedro viven en la casa hace doce años, y no se ha dado el caso nunca. Y luego piensa que bien pueden estar con algunos camaradas, y no hay que darle importancia. Y pasan algunos días más. Al fin se avisa a su hermana, Mme. Marie Gibaut, que vive en el cuatro de la misma calle. Esta mujer ha visto a sus hermanos en la noche de fin de año. La llevaron bombones y cenaron juntos, alegremente. Dos buenas botellas y la comida tradicional. En resumen, una buena mitad de la noche de fin de año.

Después, hasta el 5 de enero, nadie los ha visto. Mme. Gibaut llegó al corredor en sombras, pisa algo extraño, se inclina y da un grito de terror. Un reguero de algo oscuro sale del cuarto ocupado por sus hermanos y llega hasta el cuarto de Bauer. ¿No son manchas de sangre? La hermana, presa del más profundo dolor, va en busca del comisario, que, acompañado de dos agentes, llega al inmueble. La puerta está imposible de abrir. Entran por una ventana y encuentran, en un mar de sangre, los cadá-



Monsieur Duheillet de la Mothe, el defensor de Henri Bauer, el acusado de la muerte de los hermanos Chapuis.

veres de los dos hermanos, en una posición extraña. El uno, tendido sobre el lecho, atravesado en la cama, con la cabeza colgando cerca del suelo. El otro en el suelo, con las piernas sujetando la puerta. Esta posición de las piernas obliga a la siguiente pregunta: ¿Cómo ha huido el asesino? Porque la ventana estaba cerrada por dentro y fué necesario forzarla.

Misterio, y misterio doble, puesto que sobre la mesa había una suma de dos mil francos, lo que demostraba que el móvil no había sido el robo.

En la noche del 1 de enero algunos vecinos oyeron gritos. ¿Fueron dados por Pauline Duriense, a quien su amante maltrataba, o fueron dados por los hermanos, a los que se asesinaba? No se sabe.

Interrogada Pauline Duriense, ha declarado que pasó el día con Bauer en el campo. Durante el paseo, el hombre, bebedor incorregible, lo ha realizado más de la cuenta, y regresan por esta causa cada uno por su lado. Ella llegó antes, y luego apareció el ensangrentado, herido es la cabeza y en un brazo.

—¿Qué has hecho?—le gritó Paulina.

El hombre respondió lacónicamente.

—Nada; he sido atacado y me he defendido.

¿Quién atacó a Bauer? Los hermanos Chapuis.

¿Por qué?

¿Quién asesinó a los hermanos Chapuis? Bauer. ¿Por qué?

Doble dilema. Pero sea lo que sea, Bauer ha sido arrestado y explica el hecho de esta forma.

—En la noche del 1 de enero yo volvía a mi casa de un largo paseo; encontré a Francisco y a Pedro, a los que apenas conocía. Les pregunté si habían visto a Pauline. Por toda respuesta se lanzaron sobre mí y me golpearon. Fuí herido en un brazo y en la cabeza. No pensé más que en mí mismo. Y los hermanos Chapuis volvieron a su cuarto. Pero yo no sé cómo los he matado.

Un individuo condenado seis veces por violencias, y que una vez ha matado, no puede ser creído. El comisario abrió una encuesta, que dió por resultado enviar a Henri Bauer bajo la inculpación de doble homicidio voluntario, en los personas de Francisco Chapuis y Pedro Chapuis.

La escenas del crimen no han tenido ningún testimonio directo; pero según el acta de acusación, Bauer entró vociferando en la casa.

—¡Ven aquí!—le decía a su amante—. ¡Te voy a matar!

Atraídos por el escándalo los hermanos Chapuis, que también habían bebido, salieron de su cuarto y llamaron la atención del vecino, que, furioso, se lanzó sobre ellos, hiriéndolos multitud de veces. Francisco y Pedro salieron huyendo y se metieron en su cuarto, donde no tardaron en sucumbir.

Tal es la tesis de la acusación. La que sostendrá la defensa, representada por Mme. Dutseillet de la Mothe, será bien distinta. Tiende a demostrar que Bauer no tuvo la menor intención de dar la muerte a sus vecinos, puesto que no les conocía apenas, y que si les golpeó, fué porque fué atacado en el oscuro corredor.

—Bauer no ha hecho más que defenderse, puesto que ningún otro interés podía guiarle. Este drama es solo una querrela entre hombres borrachos.

La elocuencia de su abogado, ¿salvará a este hombre de su pasado?

Henri Bauer, que se defiende de haber matado a los dos hombres, se ha casado legalmente con su amiga Pauline Duriense, la cual parece que no ha guardado recuerdo de los golpes recibidos.

Se mezcla lo sentimental en el drama. Un drama de borrachos, que guarda algún misterio que la Audiencia puede ser que aclare.



Vistas del corredor, la escalera y las puertas del lugar del suceso, en las que se observan maculaciones sanguinolentas.

LA TERRIBLE NEURASTENIA

Una mujer estrangula a sus dos hijos y se mata

En el Nouzet (Montegeron), cerca de París, ha ocurrido un terrible drama, que ha puesto espanto y dolor en toda aquella comarca.

Habitaba en aquel punto, en una linda villita, («L'Ermitage de Mont Coup»), el matrimonio Bondelon (M. Emileu Bondelon, de cuarenta y cuatro años, y Mad. Marte Block, de cuarenta y uno), con dos hijitos de ocho y tres años de edad.

Los esposos Bondelon llevaban una existencia tranquila. Congeniaban perfectamente y se hallaban libres de preocupaciones económicas.

El, mutilado de la guerra, se hallaba empleado en la Asistencia Pública, encargado de la Caja de París. Anteriormente, M. Bondelon había sido cajero de la misma entidad en el hospicio de Brivanes. Entonces los Bondelon vivían en el pabellón número 18 de la Avenida de Deux Cloches. Allí, igual que en Nouzet, eran muy apreciados. Ella tenía numerosas amistades.

Parecía, decimos, un hogar feliz el de los Bondelon.

Sin embargo, la tragedia se cernía sobre él.

El traslado de Brivanes a París, aunque suponía un ascenso importante e incluso les permitió satisfacer su aspiración de hacerse propietarios de un hotelito como el que compraron, le produjo a Madame Bondelon bastante pesar. Echaba de menos, por lo visto, sus antiguas amistades. Frecuentemente decía que «no se hallaba con su nuevo modo de vida, máxime que su marido pasaba todo el día fuera de la casa». Y en efecto, llegó Mad. Bondelon a huir de Nouzet, volviendo a Brivanes. M. Bondelon fué seguidamente a buscarla, y ella se resistió a regresar a Nouzet, diciendo: «No me acostumaré jamás a los nuevos vecinos».

Al fin se logró convencerla y regresó a su villa. Pero vivía en constante tristeza, e incluso tenía fuertes crisis nerviosas.

Esto llegó a preocupar a M. Bondelon, que llevó a su esposa a un médico, el cual diagnosticó neurastenia aguda. Desde luego, la puso un plan de

curación, que, al parecer, por no seguirlo exactamente Mad. Bondelon, no dió el resultado apetecido. Por el contrario, la enfermedad avanzó y rápidamente, aumentando la irascibilidad y la tristeza de la enferma y haciéndose más frecuentes los ataques de nervios.

De todos modos, no se preveía el triste drama que sobrecogió el sábado último a la comarca de Nouzet.

Dicho día, M. Bondelon, según costumbre, salió de su casa a las seis de la mañana para dirigirse a París, y desempeñando sus quehaceres permaneció en la capital de la República hasta el anochecer, que regresó a su hogar. Llegó a éste sobre las ocho de la noche, y al entrar le sorprendió la absoluta oscuridad de las habitaciones y el silencio que reinaba en la casa. Pensó, al pronto, M. Bondelon que su esposa había huído de nuevo a Brivanes. Pero al dar la luz, un espantoso cuadro se presentó a su vista: Marta Block yacía en el suelo en medio de un gran charco de sangre y con un cuchillo clavado en el pecho. Su rostro expresaba la trágica mueca de la muerte.

Con una gran angustia, temiendo ya una tragedia mayor, M. Bondelon recorrió la casa en busca de sus dos hijitos. Al llegar al comedor, su horror subió de punto. Los dos niños se encontraban inmóviles en el suelo, con diversas manchas que denunciaban la estrangulación. Desde luego se advirtió que habían fallecido bastante horas antes.

M. Bondelon salió como un loco de la casa, y pronto se congregaron en ella todos los vecinos de la villa, que dolorosamente conmovidos comentaban el drama, lamentándolo sinceramente.

Acudió también el médico, que certificó que, en efecto, los dos niños habían muerto por presión de las manos sobre sus débiles cuellecitos, y madame Bondelon había muerto por herida de puñal. Se pensó si podía tratarse de un crimen, pero pronto se desechó tal idea, en las gargantas de los niños se advertían claramente las huellas de las afiladas



Después de su crimen, se clava un puñal.



Madame Bondelon, estrangula a sus dos hijitos.

manos de la Block. A más, luego se encontró una carta, en que ésta explicaba a su marido su fatal resolución, diciendo que no podía vivir en aquel ambiente de tristeza, y que mataba también a sus dos hijitos para evitarles que sufrieran como ella.

Aún se pudo deducir cómo se desarrolló el drama. Los dos niños tenían puestos sus vestiditos nuevos, y Marta se encontraba con la ropa que solía usar en la casa. El médico, además, comprobó que las muertes habían ocurrido hacía más de doce horas. De todo ello se puede colegir que la infeliz Marta, en un ataque de su enfermedad, pensó realizar aquellas muertes, y tan pronto su marido abandonó la casa—como decimos, a las seis de la mañana—se levantó de su lecho, sorprendió a los dos niños jugando, y primero al uno, luego al otro, les apretó sus cuellecitos hasta dejarlos sin vida. Después se clavó el puñal, y en un sobrehumano esfuerzo buscó la cuerda que usaba para tender las ropas a secar, la ató al montante, se encaramó a una silla, se enlazó el cuello con un nudo corredizo, y tirando la silla quedó pendiente del cordel, produciéndose lentamente la estrangulación; el cordel rompióse, y cayó al suelo.

La neurastenia, ese terrible mal, tan frecuente en estos tiempos, tiene ya a su cargo un terrible drama más.

LEA USTED TODAS LAS SEMANAS AVENTURAS DE SACRISTIA

Amenidad :: Gracia :: Picardía
Números publicados:

Fray Ceporro, sultán.
El Padre Ambrosio, bigamo y mártir.
El diablo en el convento.

PRECIO: 25 CENTIMOS.

LO QUE NOS DICEN los criminalistas

Entrevista con D. Gerardo Doval

¿Cuál ha sido el mayor momento de emoción de usted defendiendo a un procesado?

Formulamos nuestra pregunta a D. Gerardo Doval y éste nos contesta:
—Pues verá usted, el momento de mayor emoción para mí no ha sido defendiendo a un procesado. Ahora que, eso sí, aunque acusador privado, defendía algo más que a un procesado: defendía a toda una población; se trataba de librar a Barcelona de las garras de los terroristas, de aquella famosa, tristemente célebre, banda de los Rull.

Estamos en el despacho que, como secretario, tiene el señor Doval en el juzgado madrileño de la Universidad. Por cierto que hemos tenido que aprovechar una mañana dominguera para nuestra entrevista, ya que en los días ordinarios el trabajo es verdaderamente abrumador para el gran jurista. Solamente en el Juzgado ha de intervenir diariamente de veinte a treinta juicios verbales, lo cual se aumenta los martes y jueves con quince o veinte juicios de faltas. Y su bufete, tan conocido y renombrado, está siempre pletórico de asuntos...

Don Gerardo, extrema amabilidad, carga con un voluminoso tomo que pone ante nosotros. Es una colección de periódicos catalanes en los que se relata aquella célebre vista. En los comentarios vemos grandes elogios para la actuación, según dicen, meritísima del señor Doval. Este sigue explicándonos:

—Sí, amigo mío, aquello es lo más memorable de mi larga vida de abogado.

—¿Cuántos años ejerciendo?

—Cuarenta.

—Pues sí que habrá usted intervenido en causas...

—Calcule. Algunas otras también han sido célebres. Por ejemplo, la de la muerte de Lara, en Guadarrama. Allí actué de defensor de Coll, logrando la absolución. Por cierto que la mejor base de mi defensa me la dio la propia acusación privada leyéndose una carta en la que doña Nieves advertía a Lara que no llegase a Guadarrama si veía que iba también Coll, pues éste tenía serias sospechas. Fué un suceso que apasionó a la gente mucho. Los periódicos le dedicaron largas informaciones.

—También intervino usted en el sumario contra el contador del acorazado Colón, Sr. Cabanellas, ¿no?

—Sí; defendí al Sr. Cabanellas, acusado injustamente y más inicualemente aún detenido en Prisiones Militares nada menos que siete años, para luego ser absuelto, demostrada su inculpabilidad. También fué muy comentado todo ello. Y trabajo me costó la libertad de Cabanellas. El Consejo de generales aún dudaba, no respecto a la inocencia de mi defendido, sino ante los comentarios que se harían de la enormidad de haber tenido preso a un inocente años y años. Gracias a D. Juan Espejo, de quien puede usted decir que es una de las más grandes figuras del Cuerpo Jurídico de la Armada, pude evitar una nueva enormidad, la que hubiera sido la condena.

Pero, como le digo, las mayores emociones las tuve en el proceso Rull. Ustedes recordarán. Barcelona estaba a merced de unos cuantos desalmados que explotaban a las autoridades simulando confidencias de los atentados, que ellos mismos preparaban. Si el

dinero gubernativo escaseaba, menudeaban las bombas y llegaban a producirse las explosiones, causando infinidad de víctimas. Juan Rull y algunos de sus compinches habían sido detenidos varias veces, pero puestos prontamente en libertad. Por último fueron procesados Juan, Hermenegildo y José Rull, María Queraltó y otros individuos, hasta diecinueve. Se les encarceló, sí, pero el proceso no avanzaba, no se aclaraba nada y se decía que, por miedo u otros motivos, no se condenaría a los encausados a los que, sin embargo, se tenía ciertamente por los responsables de los atentados. Llegó incluso un día en que se dijo que, al siguiente, serían libertados todos. Entonces el Magistrado del Supremo, D. Alvaro Landeira, que se hallaba en Barcelona efectuando la visita de aquella demarcación judicial, pidió al Juez instructor, D. Manuel Ibáñez, el proceso. Yo entonces desempeñaba, recién entrando en la carrera, la Secretaría del Juzgado municipal de la Barceloneta. No pensaba, ni por lo más remoto, intervenir en tal proceso. Pero D. Alvaro, que me trataba como un hijo, ya que había estado con él varios años en el Tribunal Supremo, me llamó y me dijo: «Es necesario que revise ese sumario y me des cuenta de lo que observes en él lo antes posible. Yo, desde luego, obedecí. El proceso tenía la altura de una mesa. Pedí una licencia en el Juzgado y me dediqué a estudiarlo con todo interés. Luego hice un resumen de mis observaciones, en las cuales había muchas de bastante importancia. Don Alvaro coincidió conmigo, ordenó al Juez

que en manera alguna libertase a los detenidos, sino que, por el contrario, fuesen comunicados y continuara abierto el sumario. Y a mí me dijo: «Es absolutamente preciso que actúes ahí de acusador privado, para evitar que esto quede impune.» Realmente el sumario, después de siete meses, y a pesar de las intervenciones del Fiscal y del propio acusador privado de la Lliga, llevaba el camino de la impunidad. Nosotros buscamos a la familia de alguna de las víctimas, y la de Ramona Ferré otorgó el poder preciso, quedando nombrado Procurador el señor Caviras, y acusador privado yo. Seguidamente comenzamos a actuar. Pedí apoyo al Gobernador civil, que entonces era el señor Ossorio y Gallardo, íntimo amigo mío por haber trabajado juntos, y aquél puso a mi disposición tres policías. Al mes teníamos en nuestras manos los hilos de toda la trama tenebrosa de los Rull y comparsa. Desde luego, nuestra actuación dió lugar a constantes amenazas. Y llegamos a la vista. El público llenaba el amplio salón de la Audiencia, observándose en todos una gran ansiedad. Se puede decir que Barcelona entera, bien en la Audiencia, o por la Prensa, seguía ansiosamente el desarrollo de la vista. Muchos temían que no se llegara a condenar a aquella banda de asesinos y pudieran continuar éstos sus crímenes contra la ciudad. Ya digo que las amenazas llovían contra todos los que actuábamos en contra de la banda, incluso sobre el Tribunal de Derecho y el Jurado. Ya se ha visto que todos cumplieron con su deber, sin hacer caso de los riesgos que se les anunciaban. A mí tengo el orgullo de que me felicitaran infinidad de personas, y la misma Prensa hiciese cálidos elogios de mi actuación. Incluso se inició una suscripción popular para regalarme una «torre»... Bueno, volvamos a la vista. Llegó el final. Aquella tarde comenzó la sesión a las cuatro. A las once y media de la noche se dió por concluso el juicio y se retiró el Tribunal a deliberar. La sentencia se leyó a las cinco de la mañana. Excuso pintarle la ansiedad nuestra en aquellas seis horas. Ya le he dicho que han sido los momentos de mayor emoción para mí. ¿Pues y luego, mientras iban leyéndose los considerandos, y al fin la sentencia? Yo tenía los nervios completamente desatados. Recuerdo que paseaba sin cesar. No podía estar quieto un momento. Y hablaba y discutía con los compañeros acaloradamente, con una fuerte excitación. ¿Y qué satisfacción al ver que las setenta y dos preguntas de que constó la sentencia y las penas coincidieron con mis peticiones. Claro está que después sentí la muerte de Juan. Yo mismo apové cálidamente las peticiones de indulto. No se trataba más que de una condena ejemplar, sin llegar a los extremos de la ejecución. Yo no actuaba con rencor, sino simplemente en defensa de mis conciudadanos. Es más, algunos de los procesados fueron puestos en libertad por mí. Claro que porque realmente no eran culpables. Recuerdo que a un tal Pujoles le acusaban el Fiscal y el abogado de la Lliga: yo demostré su inocencia y fué libertado. Luego este hombre no hacía nada sin consultar conmigo.

—Sí, amigo Soto, termina el señor Doval, en esos días he vivido las mayores emociones de mi vida. Ya ve usted que para mí son inolvidables.



Don Gerardo Doval en su despacho.



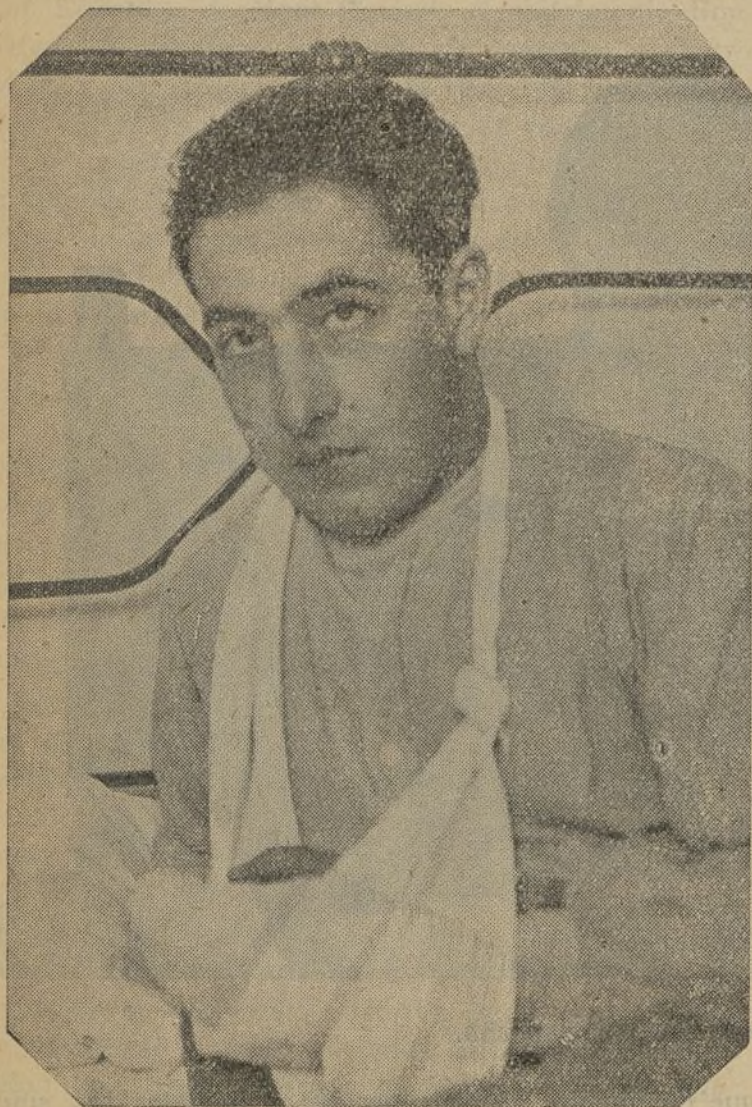
El ilustre criminalista hablando con nuestro colaborador don Joaquín Soto Barrera.

JOAQUÍN SOTO BARRERA.

Ayuntamiento de Madrid

EN SEVILLA ATRACO A MANO ARMADA EN UN ESTABLECIMIENTO

Días pasados ha ocurrido en Sevilla un nuevo hecho doloroso que ha llenado de consternación a los pacíficos ciudadanos de la encantadora ciudad.



José Díaz Pardo, hermano del dueño del establecimiento asaltado, herido por los disparos de los atracadores.

(Foto Pando.)

Unos atracadores, pistola en mano, se presentaron en el establecimiento de bebidas propiedad de Victoriano Díaz Pardo, exigiendo las cantidades recaudadas por la venta del día. El dueño y su hermano, mozo del mismo establecimiento, se resistieron a la amenaza. Entonces, uno de los ladrones disparó el arma, hiriendo de gravedad a Victoriano Díaz Pardo en el vientre, y al mozo José María, al que las balas le han destrozado los dedos de la mano izquierda.

Los atracadores utilizaron para ir al mencionado establecimiento de bebidas un automóvil propiedad del chófer Antonio Sánchez, y parece que estaban en combinación con el hermano de éste.

Entre las versiones que se dieron acerca del suceso existe la siguiente, que conviene recoger:

En el momento en que el dependiente entraba en la trastienda para coger las cafeteras, un desconocido entró en el establecimiento y, dirigiéndose al dueño, le habló reservadamente. Entre tanto, otro individuo apareció en la puerta armado de una pistola. El que hablaba con el dueño, empuñando una pistola, amenazó con disparar si alguien se movía y exigió a Victoriano que le entregara 50 pesetas. Victoriano dijo que no tenía dinero alguno en el cajón, y entonces el atracador le arrebató una cadena de oro que llevaba en el chaleco, al mismo tiempo que le hacía dos disparos a bocajarro. En este momento salía de la trastienda el dependiente, hermano del herido, al que alcanzó una de las balas.

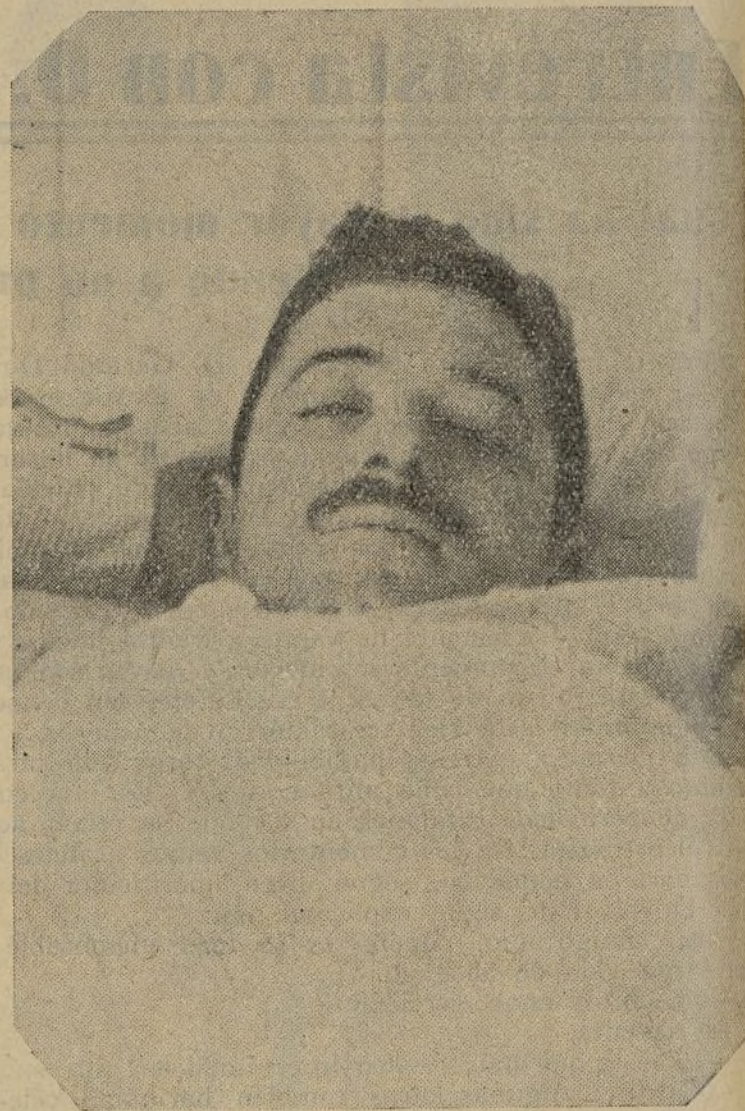
Los dos atracadores salieron rápidamente de la taberna y subieron en un automóvil que les esperaba en la calle de Santa Rufina y emprendieron veloz carrera hacia el barrio de la Macarena. Varios transeúntes y una pareja de la Guardia civil los persiguieron inútilmente, pero pudieron ver el número de la matrícula del automóvil, que es el 10.722.

Los heridos fueron trasladados rápidamente a la casa de socorro.

El estado de Victoriano es gravísimo, y el del hermano, grave.

La policía dió una batida por la barriada de Amate y detuvo a Ignacio García Villar, cuyas señas coinciden con las del individuo que permaneció en la puerta de la taberna. Parece que tomó parte en el atraco el conocido ratero llamado «El Potaje», que,

como se recordará, se fugó de la cárcel en unión de Rada y del «Mijitas», y cuyas señas coinciden también con las del que hizo los disparos.



Victoriano Díaz Pardo, dueño del establecimiento de bebidas asaltado, herido gravemente por los atracadores.

(Foto Pando.)



Reconstitución del hecho: Unos pistoleros asaltan, revólver en mano, el establecimiento de bebidas de Victoriano Díaz, que es herido de gravedad, lo mismo que su hermano José.

LOS SUJOS

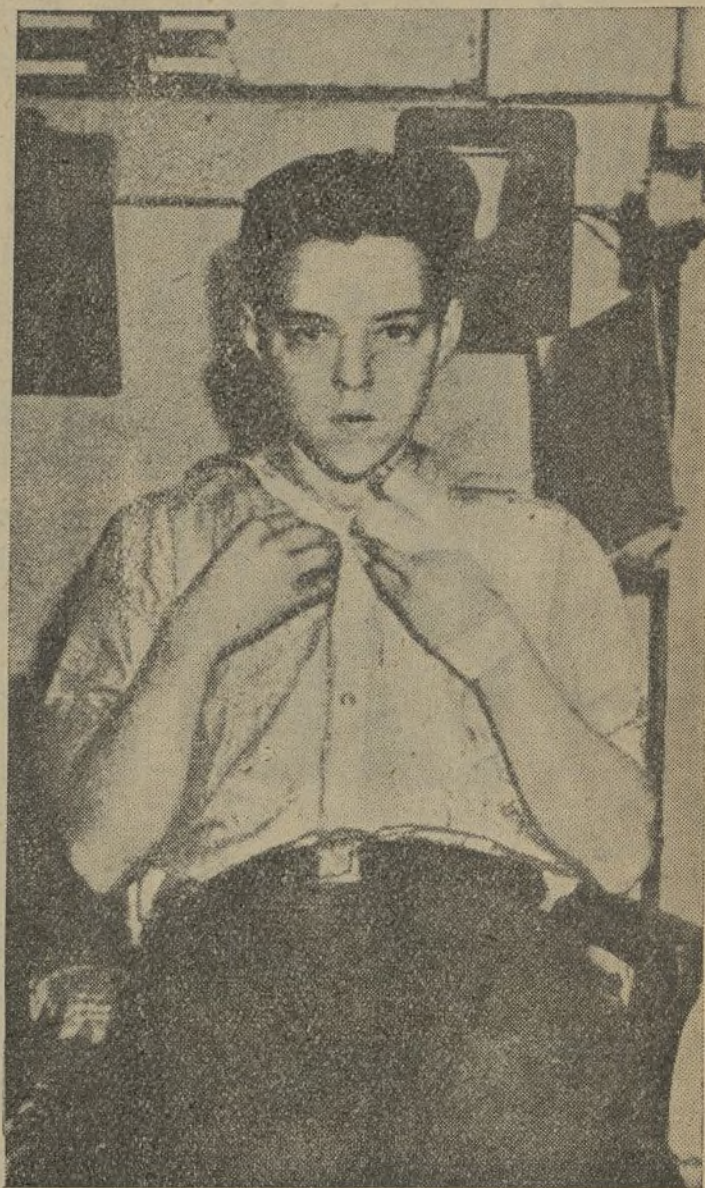
fuera de España

UNA CLINICA DEL CRIMEN ENFERMO ASESINO



En Chicago, los doctores han constituido la Clínica del Crimen. Van a la prisión e interrogan a los detenidos, persiguiendo el estudio sobre su mentalidad, cerca de ellos. Por éste medio que han es-

tablecido, se ha llegado a demostrar, de forma exacta, que en la mayoría de los casos, la pena no es proporcional al crimen, que es, o muy excesiva, o demasiado leve.



Este muchacho de Danville (Illinois), Thomas Michael, de trece años, ha matado a un doctor.

El muerto vivo o el niño sin madre

Un hombre que se encuentra en una situación muy dolorosa es Camilo Laflorencie, en quien se va a decidir el destino, en el mes próximo, delante de la primera Cámara del Tribunal del Sena.

Laflorencie tiene cuarenta y ocho años, y en ese tiempo él creía que se llamaba así, sin ninguna dificultad. Mas la vida guarda grandes sorpresas.

He aquí, que este hombre es citado ante el juez por una señora. Laflorencie, que pretende que lleva indebidamente el nombre de Camilo. Sólo su hijo, muerto hace medio siglo, a los once días, tenía el derecho de llamarse así...

La historia es extraordinaria. En 1881, en una ciudad de Dordogne, dos mujeres Laflorencie, sin que las una ningún parentesco, dan a luz, con algunas semanas de intervalo, un hijo. Los dos niños fueron inscritos, el uno bajo el nombre de Camille, y el otro con el de Emile.

Uno de ellos, el que es objeto del proceso, fué llamado siempre Camilo... Bajo este nombre fué condenado a 25 francos de multa, por haber matado dos pollos a pedradas, cuando tenía diez y siete años. Y bajo este nombre fué movilizad.

Este buen hombre, no ha conocido, jamás, a su madre, la cual, después de haberle confiado a una aldeana, no había vuelto a aparecer.

Un día de 1921, recibe la visita de una desconocida que le salta al cuello y dice:

—Yo soy tu madre.

—Bien, mamá.

Y el hombre recoge la nueva con calma.

Siete años más tarde, la misma madame Laflorencie, vuelve a él con aire disgustado:

—No soy tu madre. Tú no eres mi hijo.

—Bien. Entonces ¿quién soy yo?

—No sé quien eres. Sólo sé que mi hijo, Camille Laflorencie murió a los once días de nacer.

Asombrado por esto, el hombre busca el medio de saber su situación legal, y se le contesta que no se le puede proporcionar porque se ha muerto a los once días de nacer. Además se le advierte:

«Si continuáis reclamando el estado civil, se os perseguirá por usurpación del mismo.»

El misterio es cada día mayor.

«Entonces—dice el desdichado—si yo no soy Camilo, soy Emilio.»

Y esto es lo que se trata de aclarar, y que no se sabe si quedará aclarado del todo.

En uno de nuestros próximos números

COMENZAREMOS LA PUBLICACION DE UNA ESTUPENDA NOVELA DE AVENTURAS, EN LA QUE SU INTERES ES TAN GRANDE COMO SU EMOCION.

UN ESCRITOR DE FIRMA AUTORIZADISIMA LLEVARA AL PUBLICO RELATOS QUE DESPERTARAN GRAN CURIOSIDAD.

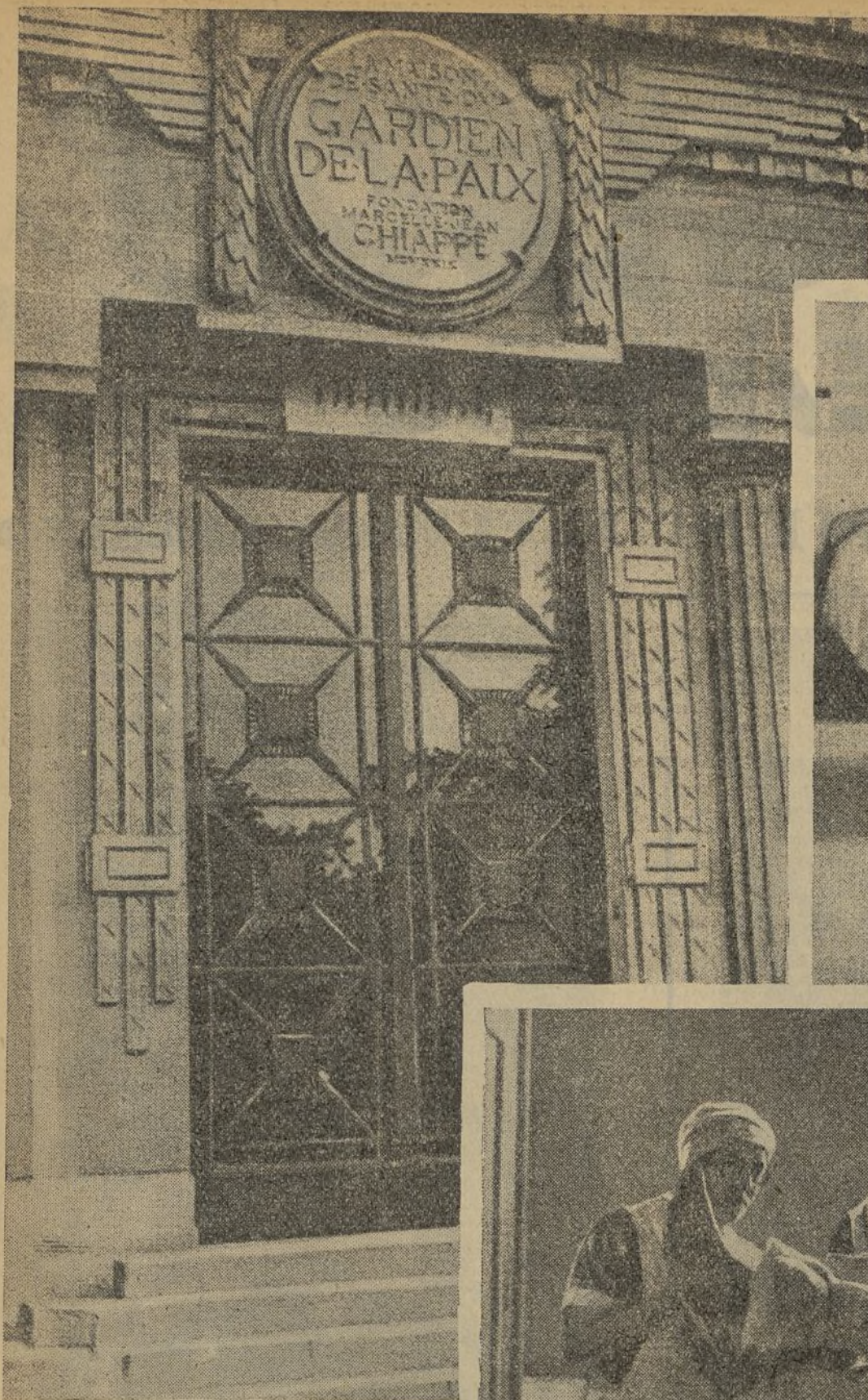
EN TODOS LOS NUMEROS DE NUESTRA REVISTA RECIBIRAN LOS LECTORES CUATRO PAGINAS EN FORMA ENCUADERNABLE, QUE IRAN BELLAMENTE ILUSTRADAS.

Misterioso asesinato



En este paraje, muy frecuentado, en la calle de Charing Cross, en Londres, se ha encontrado un hombre y una mujer muertos. El misterio es total.

la casa de salud los guardias de paz



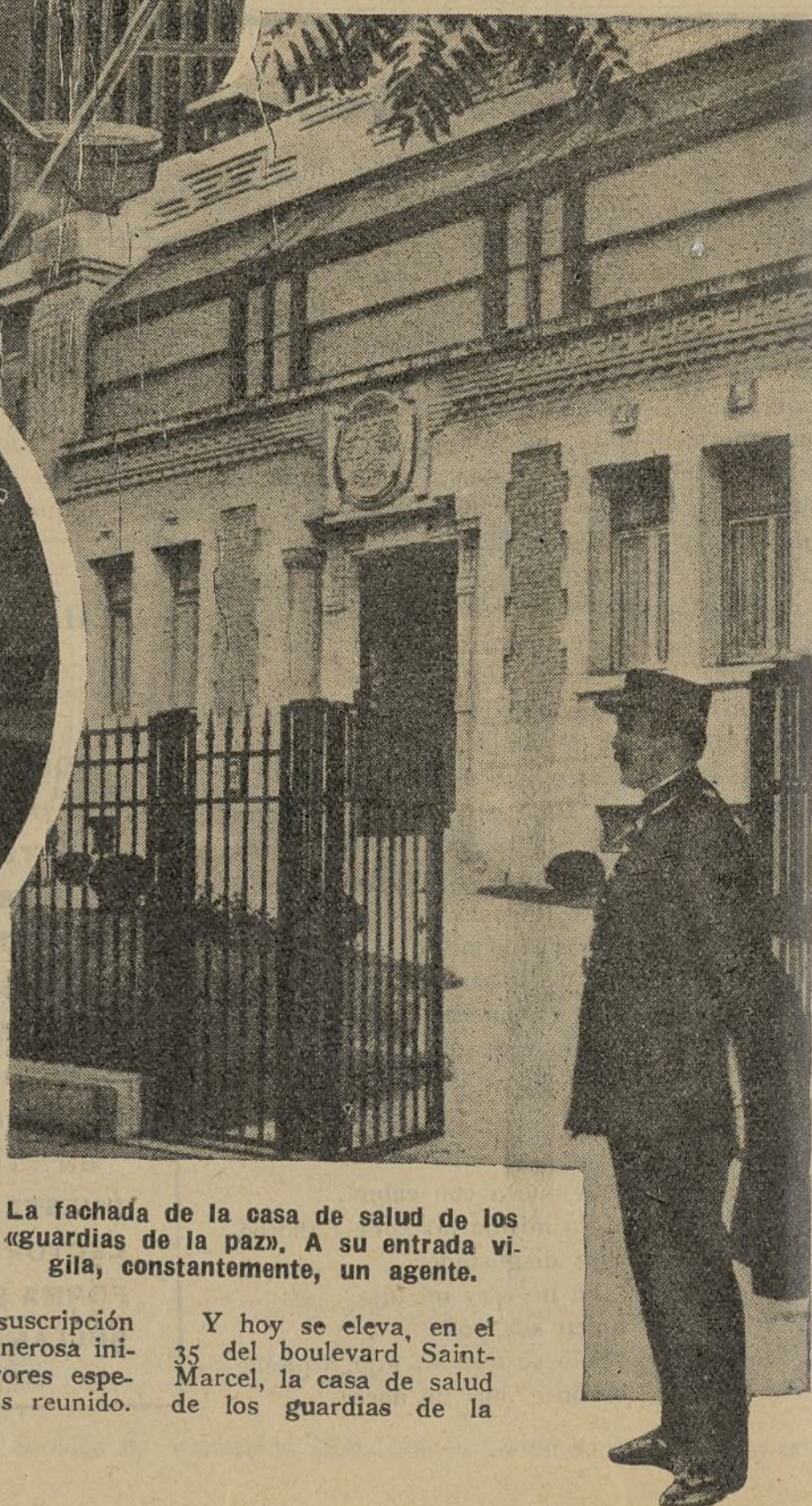
La telegrafía sin hilos instalada al lado de cada cama, distrae a los heridos.



A la izquierda, un agente herido, en la sala de operaciones.



Una enfermera efectúa un examen con el microscopio.



La fachada de la casa de salud de los «guardias de la paz». A su entrada vigila, constantemente, un agente.

fortunas. Su idea fué bien acogida, y bien pronto le fueron remitidas sumas que alcanzaron en dos días a 200.000 francos.

Este movimiento de generosidad, que merece la mayor gratitud no debía ser el único. En la Bolsa de París, una suscripción alcanzó la suma de 100.000 francos. La generosa iniciativa de Mme. Chiappe ofrece las mayores esperanzas. En poco tiempo, medio millón es reunido.

Y hoy se eleva, en el 35 del boulevard Saint-Marcel, la casa de salud de los guardias de la

Los guardias de la paz, que aseguran en la capital de Francia un servicio rudo y peligroso, disponen hoy de una casa de salud en la que reciben el servicio de urgencia y los primeros cuidados.

Como no se pasan días sin que un agente sea atropellado por un vehículo en la vía pública o sea víctima de algún malhechor cuando va a realizar su misión, esto es preciso.

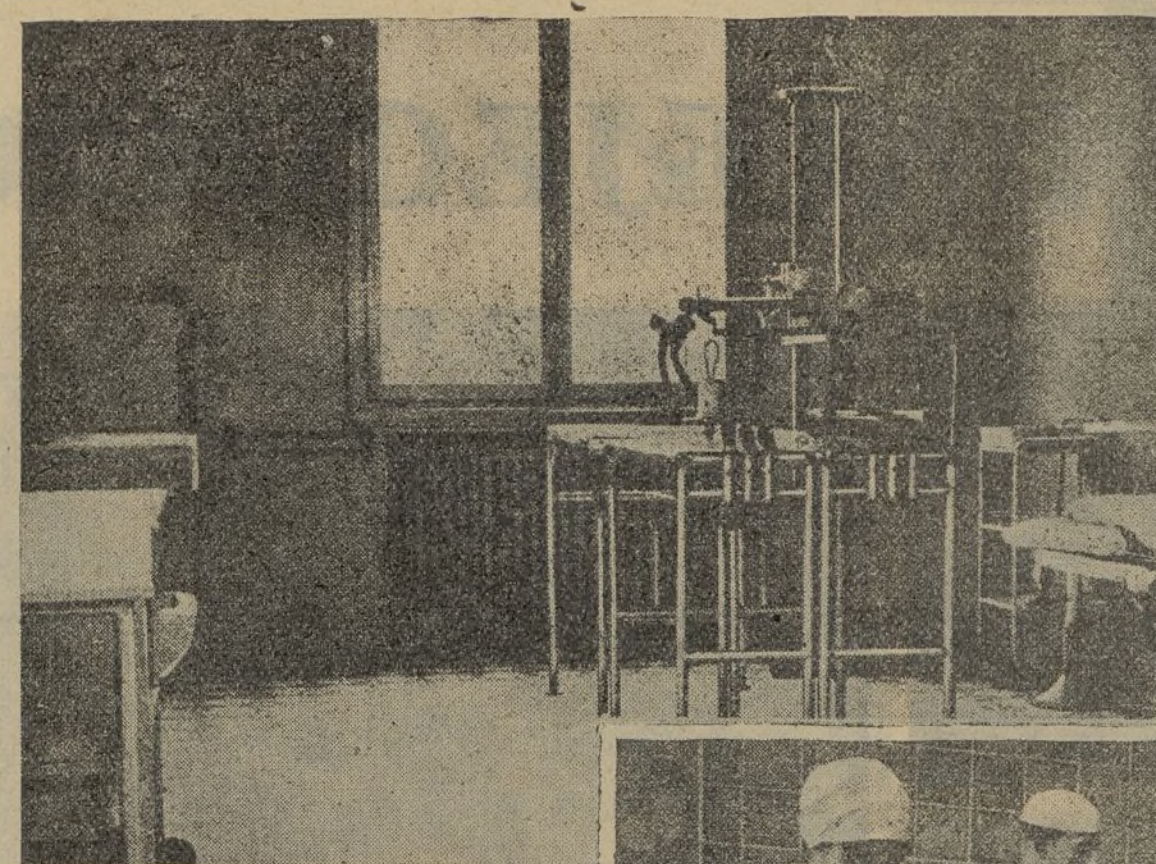
Antiguamente, los agentes heridos o enfermos durante el servicio, habían de ser llevados al hospital.

Ciertamente que los mejores cuidados les eran prodigados en ellos. Pero los representantes de la fuerza pública no estaban en su casa y los incidentes desagradables se reproducían por esto.

Queremos de citar algo que prueba que la institución actual es necesaria: Un inspector de seguridad procedía al arresto de un criminal y fue herido por éste de un tiro en el abdomen. El policía respondió e hirió. El inspector y el asesino fueron recogidos y transportados al hospital más próximo. Se les colocó en la misma sala, uno al lado del otro. El malhechor comenzó a insultar groseramente a su vecino el policía. Este último, delirando, era incapaz de responder. Luego pudo asistir a un espectáculo deplorable. El apache, medio muerto, ensayaba el levantarse para acabar a puñetazos con su víctima. Los enfermeros llegaron con el tiempo justo para evitar una desdicha. Estos hechos se han repetido muy frecuentemente. En el mismo coche ambulancia eran llevados los agentes y los apaches e instalados en las mismas salas de operaciones. Siempre proseguían los altercados en tales lugares.

Es en 1927, después de los desórdenes de carácter revolucionario, en el curso de los cuales un centenar de agentes fué herido cuando llegan a la prefectura, para las víctimas del deber, cantidades de dinero. Entonces, Mme. Chiappe, mujer de un prefecto de policía, decide realizar la obra que ideó.

Mme. Chiappe expone sus intenciones en el curso de una sesión en Deauville, entre las grandes



La sala de escayolado.

paz. El 7 de junio de 1928 fué colocada la primera piedra en presencia de las autoridades francesas.

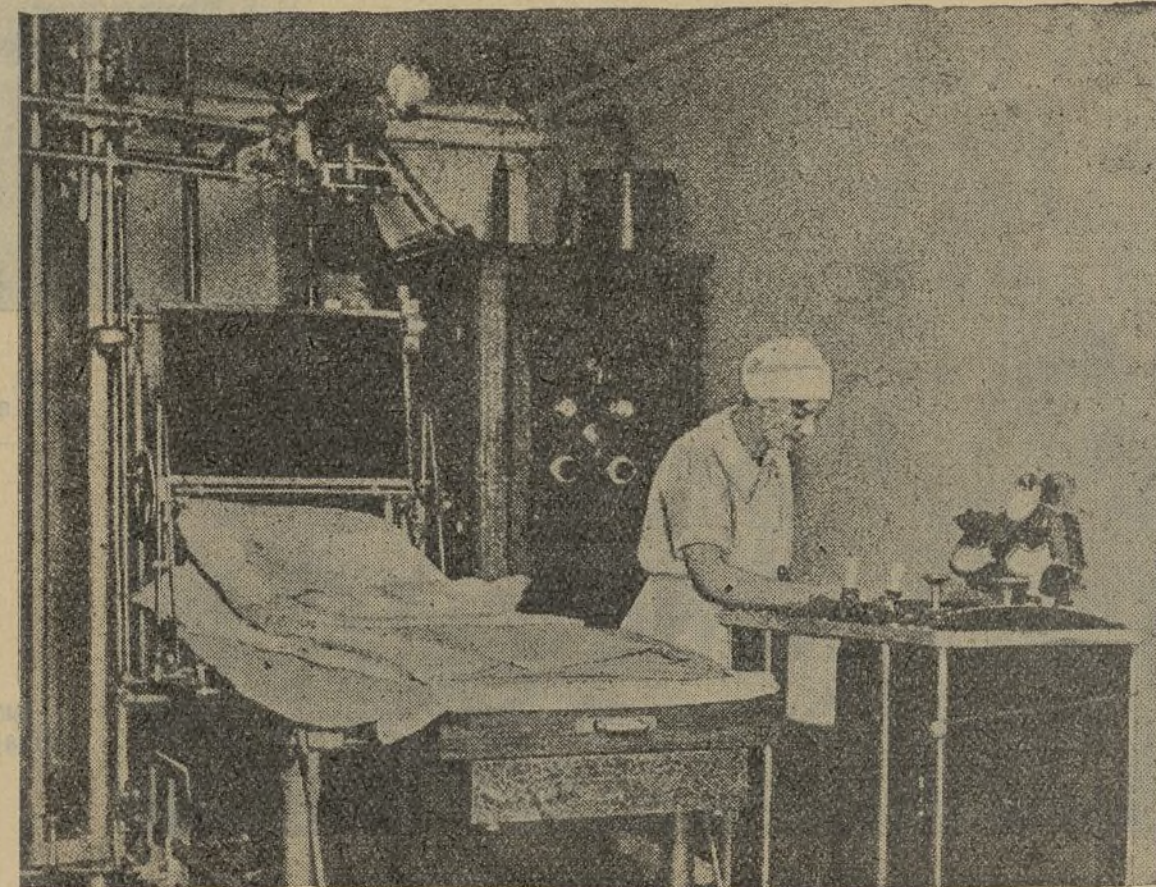
El 5 de octubre de 1929, M. Doumergue, presidente de la República, inauguraba los pabellones.

La casa de salud de los guardias de la paz, que ha costado, en total, nueve millones, es un edificio claro, provisto de todos los métodos modernos. El aire y el sol bañan todas las salas. Cuenta un centenar de camas, y cada herido cuenta con un aparato de telegrafía sin hilos. Los laboratorios y las salas de operaciones están dispuestos del modo más práctico.

Puede muy bien París estar orgullosa de poseer una clínica modelo, con todos los perfeccionamientos.

Tiene un cuadro de doctores famo-

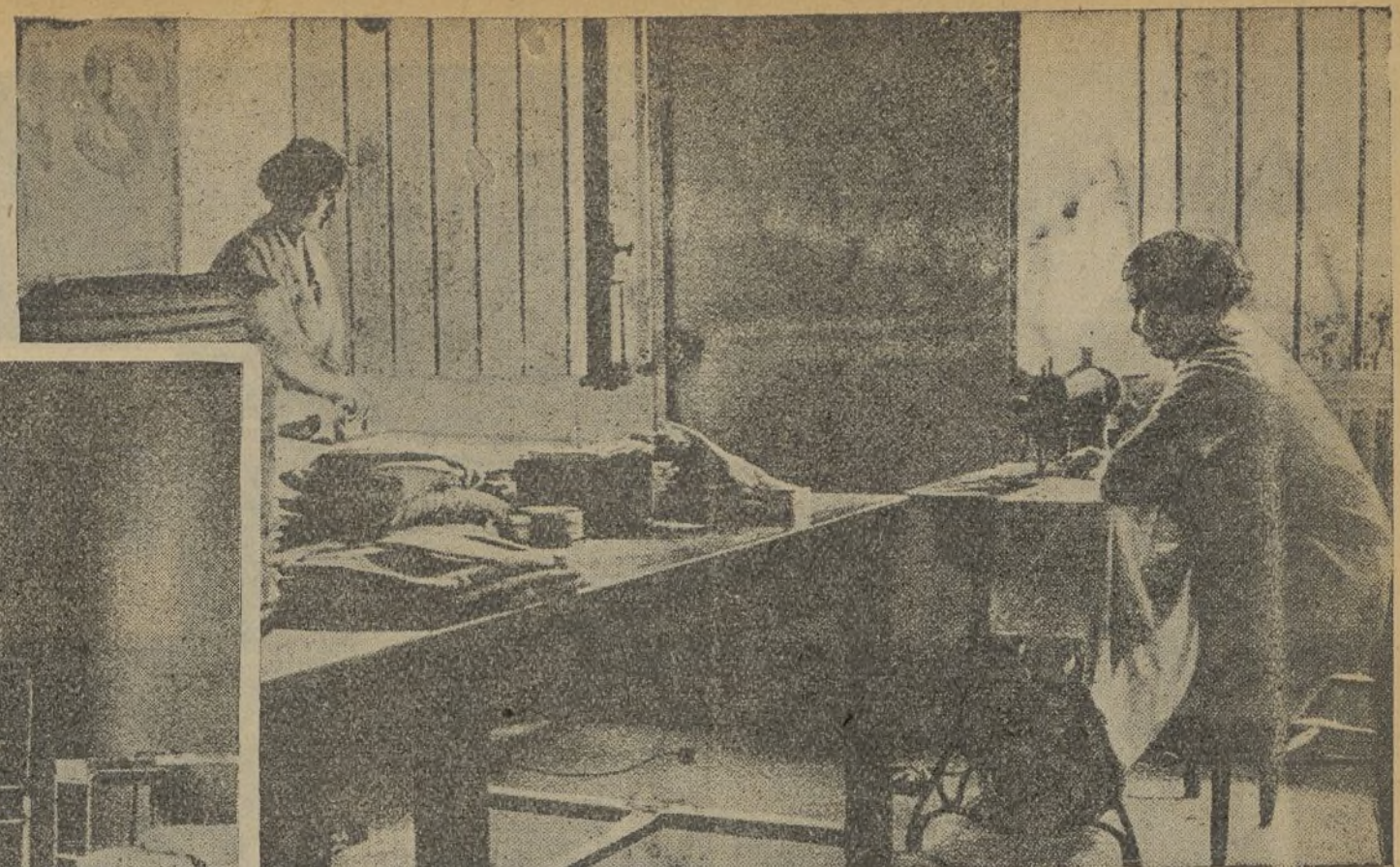
En la sala de esterilización, los enfermeros y las enfermeras preparan los útiles para una operación.



Una enfermera prepara los aparatos de los rayos ultravioleta.

sos, y los servicios de cirugía funcionan como en los grandes hospitales, a los que no tienen nada que envidiar. Hay un almacén para el cuidado de la ropa blanca, que comprende todo lo que de útil existe en este aspecto.

Las cocinas tienen todo el confort preciso y cuentan con ventanas como los «offices» de los grandes restaurantes. El comedor es agradable para los que han de vivirlo.



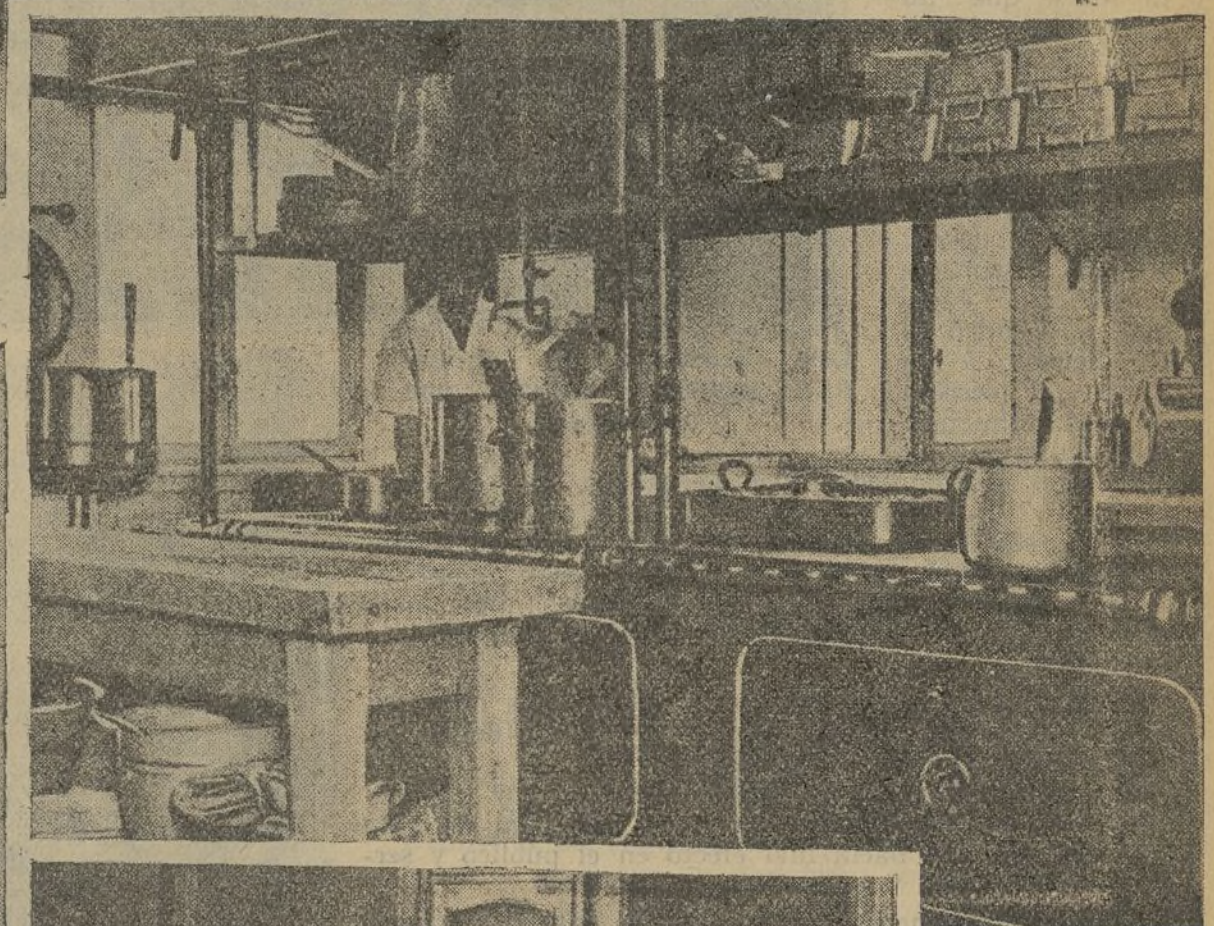
La ropa blanca de la clínica es objeto de especiales cuidados.



La casa de salud de los guardias de la paz es una realización que hace honor a París y puede ser modelo en el mundo entero para organizaciones semejantes.

Lástima que en España no se intente algo en este sentido, que mejore las condiciones de los que un día y otro están riñendo una constante batalla por la tranquilidad pública.

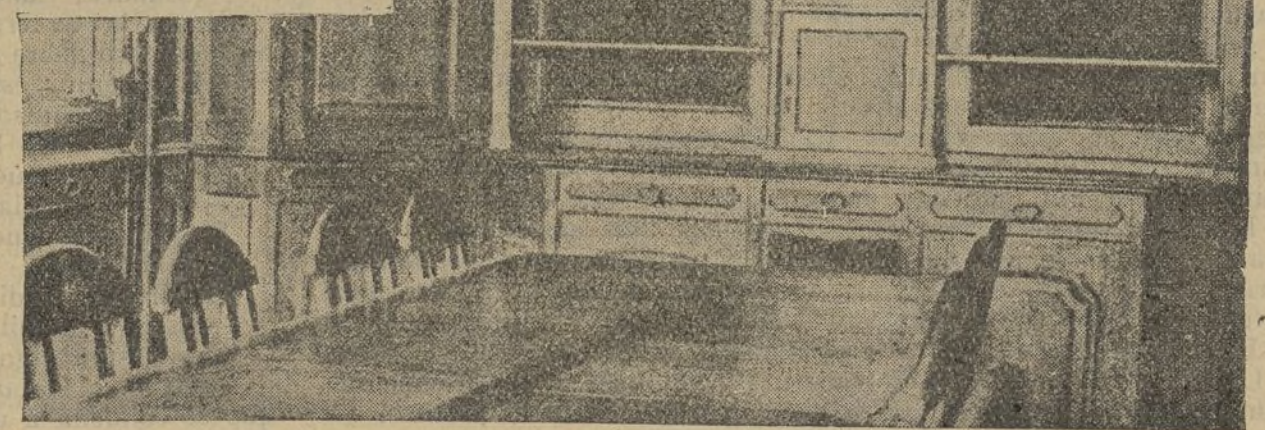
Brindamos des-



Las cocinas son claras y aireadas.

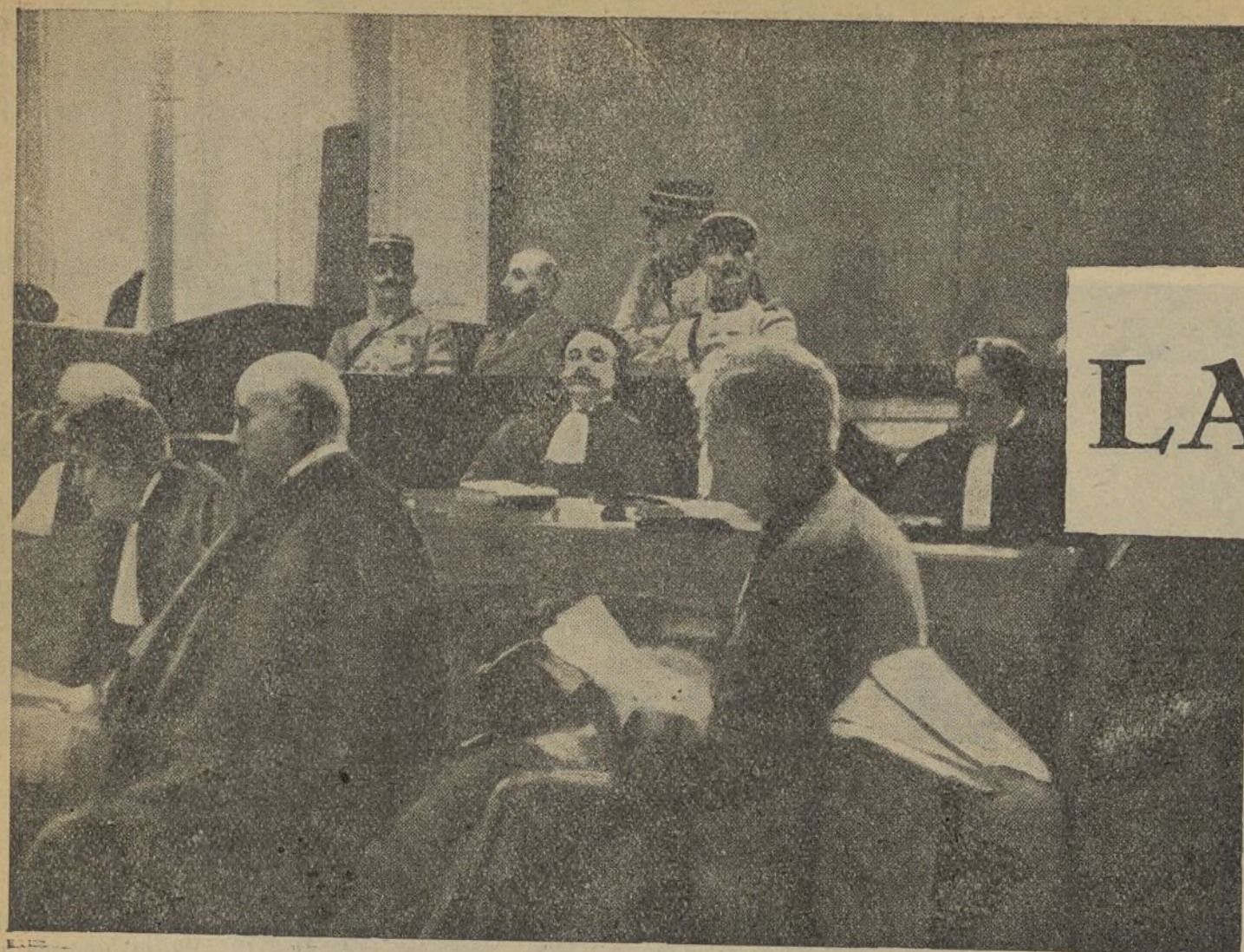
de estas columnas la idea al nuevo Director general de Seguridad, enterado, como ninguno, de cuanto le es necesario a los Cuerpos que están a sus órdenes, con la preocupación, al mismo tiempo, de cuanto puede beneficiar a los individuos en quienes descansa la tranquilidad pública.

Aspecto de uno de los comedores.



LOS GRANDES BOGADOS Y SUS CONDENADOS A MUERTE

LA EJECUCION DE LANDRU



Un aspecto de la sala de Audiencia, durante el proceso. En segundo plano, Monsieur de Moro-Giafferi. Detrás de él Landru.

En treinta y dos años de una carrera, que bien puede ser el record de los «affaires» criminales más difíciles, monsieur de Moro-Giafferi no cuenta más que un condenado a muerte. Bien es verdad que, éste es de tal talla, que difícilmente puede hallarse otro. Este es Landru, el barba-azul moderno. Figura desconcertantemente enigmática. Landru se ha llevado a la tumba el secreto de sus crímenes. Diez mujeres y un muchacho estrangulados y despedazados, ¿en un rapto de locura? No se sabe. En todo caso, una locura pasada tan sólo en la siniestra Villa de Gambais, de donde no volvían jamás sus víctimas. «El señor misterio», como le llamaba una de sus novias. Mme. Jaume justifica este sobrenombre hasta el último segundo de su existencia.

Landru comparecerá para responder de sus once crímenes, con premeditación, delante del Jurado del Seine-et-Oise—dice el acta de acusación.

Fué ésta una acusación difícil de defender y un acusado peor todavía. Discutía con sus jueces en un tono impertinente, que hacía mal efecto en el público y servía mal la causa.

Desde las primeras palabras de la entrevista, monsieur de Moro-Giafferi me confirmó la dificultad de la tarea que le fué encomendada:

—«Esta fué una cabeza imposible de salvar.»
Hago una pregunta rápida al maestro:

—¿Usted cree que Landru era inocente?
—Landru me ahorró siempre que lo era.

M. de Moro-Giafferi viste una chaqueta de terciopelo marrón y pasea lentamente por su vasto gabinete de trabajo, en el que la chimenea monumental nos domina.

Evoca sin esfuerzo recuerdos muy precisos en su memoria.

—Landru fué un hombre extraordinario de valor y de calma. Mostró hasta el instante supremo una gran firmeza de alma.

Desde luego, con ello se tiene la explicación de la sangre fría con que preparaba sus crímenes. La muerte no era nada para él.

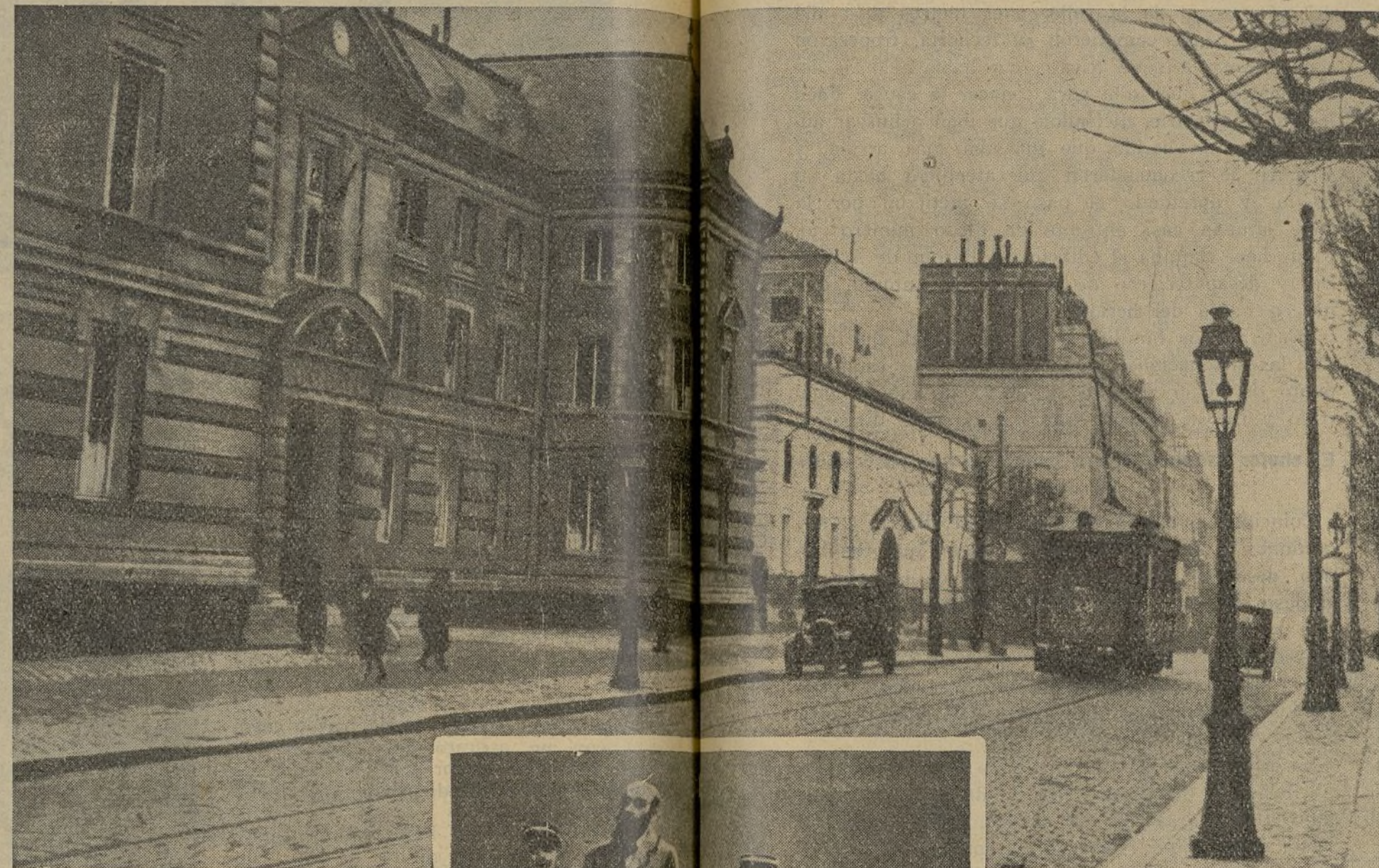
Referente a la ejecución, el célebre abogado francés me ha dicho:

—Es esta la primera vez que, al pie de la guillotina, he encontrado una verdadera bravura. Habitualmente, hay que dar ánimos con palabras oportunas. Esta vez fué otra cosa. La actitud de este hombre, su sencillez, nos abrumaba, y ¿por qué no decirlo? Era la admiración de todos. Condenado a muerte el 30 de noviembre de 1921, Landru fué ejecutado el sábado 25 de febrero de 1922, en Versalles.

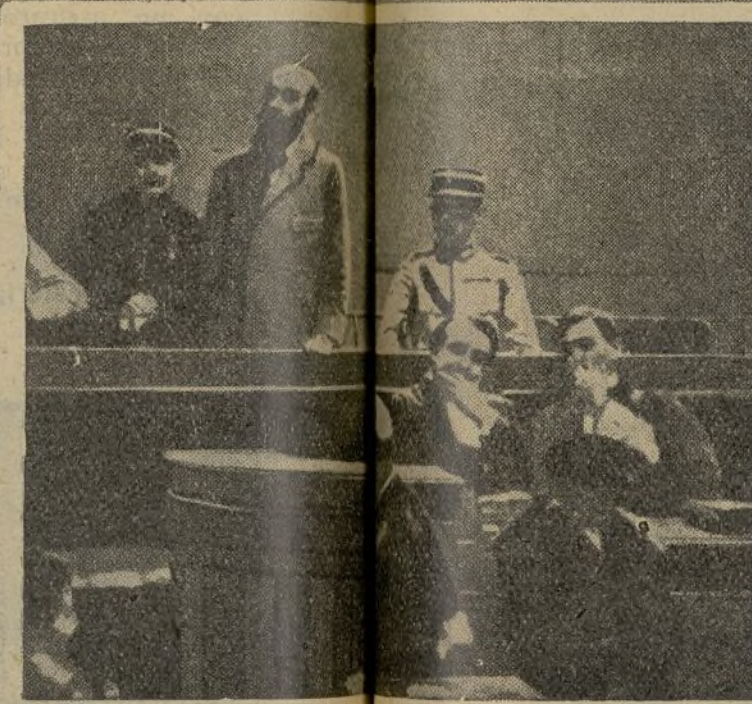
Entonces, a las cinco y veinticinco, penetramos en su celda el abogado general M. Beguier y yo. El alto magistrado, muy emocionado, había insistido para que yo le acompañase. Landru dormía el sueño del justo. Percibíamos su respiración natural. Su barba, esa barba que tanto dió que hablar, aparecía sobre el embozo. La mucha luz no sirvió para que se despertase. Fué preciso llamarle.



Una expresión del Barba-Azul moderno, durante una audiencia.



La entrada al Palacio de Justicia de Versalles, donde fué juzgado Landru.



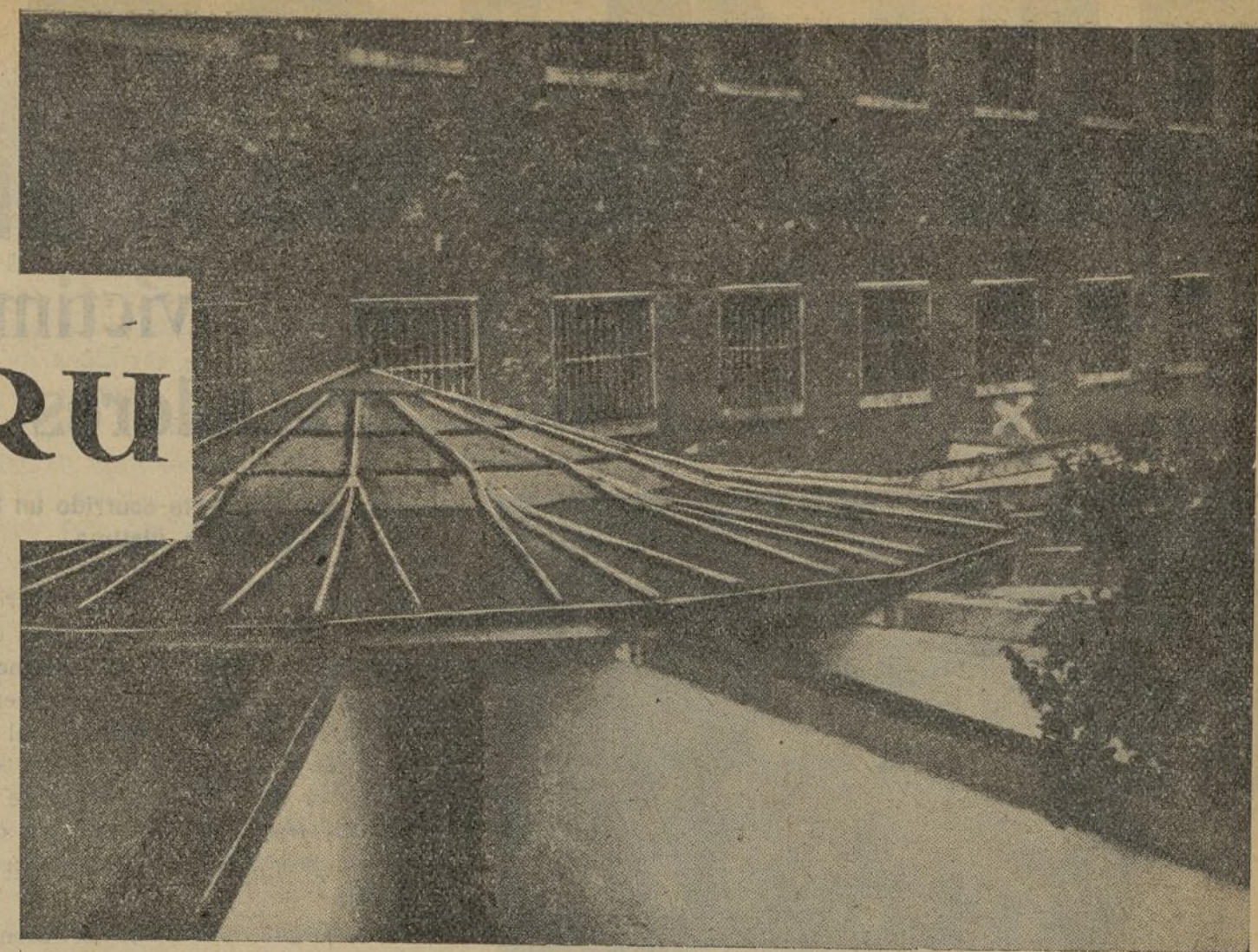
Una barrera de balas, sostenida a distancia por los curiosos.



El furgón que los restos mortales de Landru, camino del cementerio.



Otra actitud de Landru.



Vista interior de la prisión de Versalles. La ventana marcada con una cruz, indica la celda de Landru durante el proceso.



M. de Moro-Giafferi.

Y repuso igualmente cuando el cigarrillo:

—Jamás he fumado.

Después de esto fué formado un servicio de orden: la artillería, dragones e infantería, tomó posiciones definitivas. La noche fué clara y sin estrellas. Amaneció y no hacía frío. La multitud se movía cerca de la guillotina.

La consigna era muy estrecha. El público debía de mantenerse lejos, a la altura del boulevard del Rey y hasta mitad de la calle de Clemenceau. Estas medidas contrariaron profundamente a los elegantes, que a la salida de los teatros había sabido que el vampiro de Gambais sería guillotinado y llegaban en sus lujosos autos a presenciar la ejecución, sin conseguirlo.

Cuando las pesadas puertas de hierro de la prisión fueron abiertas, descubrieron a algunos metros la guillotina. Yo me esforcé por ocultarle a Landru, y me coloqué delante de él. El desdichado estaba estrechamente sujeto. Los ayudantes del verdugo llevaban las cuerdas.

Miró francamente la guillotina. El cuerpo fué lanzado violentamente por los ayudantes del verdugo, pero su poco peso hizo que no funcionara automáticamente la báscula. Fué preciso hacer un ligero esfuerzo. Pero Landru no realizó el más pequeño movimiento.

«Atroz y sublime»—nos dijo entonces un magistrado sionalmente enterrado en el cementerio de Gonards, en Versalles, y seguidamente fué reclamado por la familia.

—Nos han dicho que usted, cuando marchaban cerca de la guillotina, le había pedido que dijera toda la verdad, haciéndole entender que tenía los medios de suspender la ejecución, y que Landru había respondido:

—«Mi secreto es mi solo equipaje, y yo lo llevo. ¿Este diálogo fué realmente cambiado? El gran abogado me dice:

—Uno de nuestros compañeros me ha interrogado sobre esto y yo no he podido responderle.

Después agrega:

—Esta hora que acabo de evocar es la más emocionante de mi carrera.

—¡Landru, Landru, Landru!

Hasta la tercera vez no respondió. Ninguno de sus músculos estaba alterado. Se incorporó sobre el lecho y dijo:

—Excúsenme esta «tenue».

Y pidió permiso para hacerse una «toilette» rápida. Se lavó meticulosamente los dientes y se alisó la barba.

Se volvió después a mí, y tomándose las manos afectuosamente, dijo:

—Os doy gracias.

El abogado general pronunció las frases usuales:

—Tened valor.

Landru respondió:

—Estoy tranquilo.

Después prosiguió, dirigiéndose a mí:

—Os he dado una pena. Era mi causa desesperada. Pero no es la primera que se condena a un inocente.

Seguidamente se aproximó a M. Navière de Treuil, mi colaborador, por

había demostrado afecto, y solicitó un momento con él. Yo me aparté. No he podido conocer jamás el secreto de estas confidencias últimas.

Entre mi fiel colaborador y yo, pese a la gran intimidad que nos une, por un acuerdo tácito, no ha surgido jamás esta cuestión. Es el secreto profesional.

Landru recogió después, cuidadosamente, algunos objetos que le pertenecían, y cumplió algunos papeles.

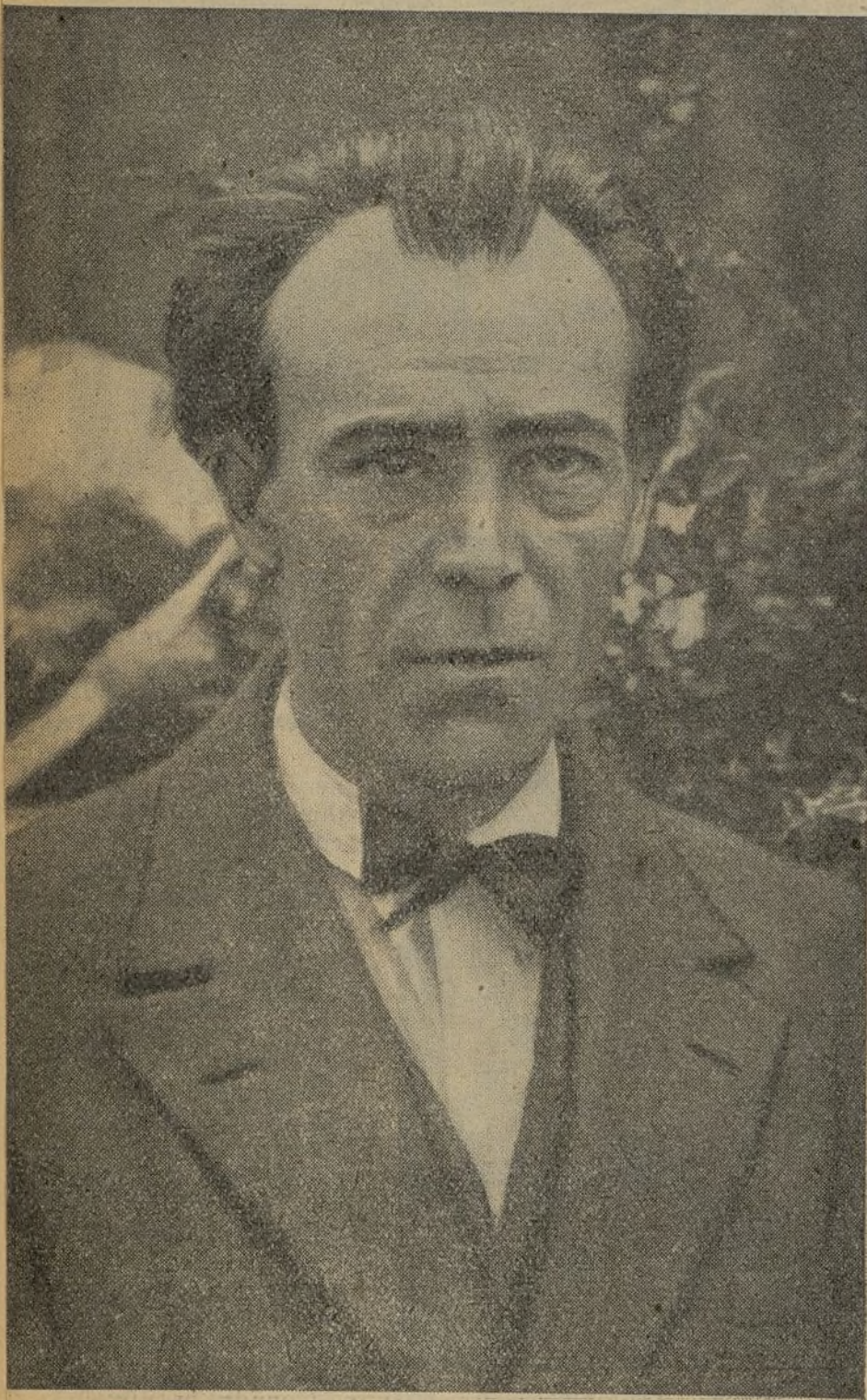
Nos han contado, continúa el célebre abogado, que Landru había apartado una escarcela. La escarcela del abate Loisel, un anciano combatiente que no había dejado de insistir cerca de Landru para que se confesase. Debéis de saber que Landru, en su juventud, había deseado ingresar en la Orden, pero en contra de lo que pretendía, no había sido jamás ordenado.

Al último ruego que por mi mediación se le hizo, a este efecto, contestó «que agradecía al abate sus visitas de antes y su presencia en aquel momento, pero que no le era posible, por no hacer esperar a los señores, y con un gesto irónico señalaba a nuestro grupo.

En aquel momento, el toque de diana sonó. Landru se prestó dócilmente a las

EL SUCESO DE LA SEMANA

El escultor Emiliano Barral es víctima de la ferocidad de unos atracadores



El escultor Barral gravemente herido por unos atracadores.

Frió implacable de noche de diciembre. Oscuridad, silencio. Dos figuras que buscan la complicidad en las tinieblas, en espera, como fieras al acecho; la lueta de un hombre, que avanza entre las sombras, inflado, tranquilo, ya cerca de su casa, cuando se lee libre de todo peligro, si es que algún momento pensó que existiera, el cobarde atentado, la bravuonada de atacar dos hombres a uno solo, indeno, amenazándole con sendas pistolas; un gesto de rebeldía, una censura, una protesta por parte del acado, y los «valientes», ante la posibilidad de imbiarse las tornas e irritados por esta actitud, n natural en todo el que se sienta hombre y con gunas energías, hacen dos disparos sobre él. El ruido de las detonaciones, que rompió el silencio de la noche en la tranquila barriada, no hizo andonar sus casas a los vecinos, a pesar de que tan temprana hora no es de suponer que estuvieran en el lecho, y los autores de este atentado barde pudieron alejarse sin ser molestados, entrando en su camino sólo al único de los vecinos que salió a prestar su ayuda, y a quien, en s primeros momentos, pudieron fácilmente destar, y tendido en el suelo, víctima de la energía su carácter, que no permitió dejarse despojar lo que es suyo, fruto de su trabajo, un hombre eno, noble, valiente, cuya vida pudo cortar la la asesina.

Este hecho requiere un pronto escarmiento, que ve la tranquilidad a la inquieta barriada, y que da la Prensa, al ocuparse del hecho, ha venido liendo en sus comentarios.

Lo que nos dice de lo ocurrido un hermano de la víctima.

De la forma en que se desarrollaron los hechos sólo se tienen leves conjeturas, ya que nadie pudo presenciario, y en busca de una relación exacta de lo ocurrido, me encamino al Sanatorio de Santa Alicia, donde, después de ser asistido en la Casa de Socorro, fué trasladado el herido, y donde se ha procedido a la extracción del proyectil.

La consigna severa de la Ciencia, imponiendo el más absoluto reposo y aislamiento al enfermo, me impide obtener de sus labios la historia de la trágica noche; pero su hermano, al conocer mi propósito, se presta amablemente a darme los datos que en los breves ratos de conversación con el herido ha ido recogiendo, y me relata la forma en que debió desarrollarse el atentado.

En la noche de autos, próximamente a las diez, llegaba a las inmediaciones de su domicilio, situado en el pasaje Romero, el conocido escultor don Emiliano Barral, cuando se le acercaron dos individuos, uno de ellos amenazándole con una pistola, le obligaron a mantener los brazos en alto, mientras se disponían a despojarle del dinero y objetos de valor que llevaba.

Aunque en los primeros momentos, y sorprendido por lo brusco del ataque, obedeciera a la imposición, es de creer, aunque no lo ha confirmado el herido, que iniciara un gesto de protesta y tratase quizá de apoderarse del arma, y entonces, y ante el temor de verse desarmado el atacante, no vaciló en disparar sobre su víctima,

a quien produjo una herida en la región axilar del lado izquierdo.

Ya en el suelo el herido, no se atrevieron los atracadores a robarle, ante el temor de que no les diera tiempo a huir, ya que al ruido del disparo—o de los disparos, pues pareció que fueron dos, aunque sólo uno hizo blanco—acudieran vecinos que los detuvieran, y al llegar en su huida a la altura del número 30 de la calle, unos metros más allá del lugar donde cometieron su fechoría, tropezaron con el chofer Antonio Rivera, que había oído las detonaciones y que salía para conocer la causa. Fácil les fué despistarle, diciéndole que iban a buscar auxilio para un herido que quedaba más arriba, y a quien le recomendaron que atendiera hasta su vuelta, y apretando el paso se metieron por la calle situada casi enfrente de dicho número 30, y que hace esquina el edificio del Parque de Artillería, y desaparecieron de la vista de Antonio, que fué en busca del herido.

Mientras, los familiares del Sr. Barral, que oyeron las detonaciones y sabían que éste estaba a punto de llegar, temían que algo le hubiese ocurrido y fueran hechos contra él aquellos disparos.

El chofer Antonio Rivera cuenta lo que pasó aquella noche.

Coincidiendo con la hora que el Sr. Barral se encaminaba a su domicilio la noche en que fué herido, descendiendo del tranvía y entro en la calle de Modesto Lafuente en busca del número 30, donde vive el único hombre que pueda dar una versión más exacta de lo ocurrido.

La calle, no mal alumbrada, pero totalmente abandonada, es muy a propósito para hazañas de esta índole.

Ya cercano al paseo de Ronda está el número que busco, y llamo en la puerta de un solar inmediato a un garaje, donde vive Antonio Rivera; él personalmente me recibe, y al conocer mi propósito se apresura a facilitarme toda clase de detalles y me hace un relato exacto de lo ocurrido.

Serían—dice—próximamente las diez de la noche cuando oí, clara y perfectamente, el ruido de las detonaciones; escuché unos segundos, por fin decidí salir a la calle para averiguar lo que había ocurrido; apenas abierta la puerta del solar y salido a la calle, tropecé con dos individuos, uno de alta estatura y el otro bajo y bastante grueso, que me dijeron: «Acuda usted, que hay cerca un herido,

y nosotros vamos en busca de los guardias». Después de decirme esto se alejaron; yo aún no había visto al herido, y me quedé un momento indeciso, cuando, al fin, oí sus quejidos; llamé a los individuos que se alejaban, y, claro es, no me contestaron, acelerando su marcha; yo entonces, guiándome por las voces del herido, me fuí en su busca, y lo hallé pocos pasos más allá, frente al Parque de Artillería; estaba tendido en el suelo, encogido, y al acercarme a él me dijo su nombre, rogándome que avisara a su familia, que vivía al lado. Su estado de debilidad era tal, que al preguntarle yo si podía sostenerse en pie para poderlo transportar más fácilmente, me dijo que no tenía fuerzas para ello, y entonces, al ver que ninguna puerta se abría y nadie acudía en nuestro auxilio, sólo mi mujer, que me siguió al salir de casa y que se quedó acompañando al herido, me fuí en dirección al inmediato paseo de Ronda para pedir ayuda a dos muchachos que distinguí en la puerta de una casa próxima, y que al principio no hicieron caso de mis llamadas, sin duda por ignorar de lo que se trataba, pero que después acudieron, ayudándome a transportar al herido a un coche que en aquellos momentos pasaba por el referido paseo, y en el cual lo trasladamos a la Casa de Socorro de Cuatro Caminos.

Sego a la calle y el chofer me indica el sitio donde cayó el herido y la posición que ocupaba cuando lo halló: los pies tocando al borde del encintado y el cuerpo encogido en dirección perpendicular a la acera. Después, poco más allá de la puerta de su vivienda, me muestra la calle por donde huyeron los asesinos.

Me despido de este hombre, que no dudó en arriesgar su seguridad personal por un acto humanitario, y vuelvo a recorrer de nuevo la calle, pensando, con cierta intranquilidad, a qué negarlo, en la impunidad con que se pueden cometer estos hechos ahora que los ciudadanos estamos desprovistos de arma para nuestra defensa personal,

mientras los que no dudan en matar no cumplen, naturalmente, las leyes ni les puede importar ninguna sanción, «trabajando», en cambio, con la seguridad de que la víctima no ha de poder defenderse.

* * *

Esperemos, que pronto caerán en manos de la policía los autores de este tan repugnante intento de robo y se tomarán las medidas necesarias para que no se repitan, calmando los ánimos del vecindario, a quien estas cosas intranquilizan.

FERNANDO ERENAS

NUESTRAS PORTADAS

Un negro asesino es sacado arrastra de un hospital y anorcado y quemado por la multitud.

En Salisbury (Estado de Maryland, Estados Unidos), más de dos mil personas han penetrado violentamente en el hospital donde se encontraba un negro que, en una discusión con su patrón, blanco, le había dado muerte y había intentado después suicidarse, y, a pesar de sus heridas y de sus súplicas, le arrastraron al exterior, llevándole ante un gran árbol, donde lo ahorcaron.

La muchedumbre presenció la larga agonía del negro, en medio de grandes demostraciones de regocijo. Después, condujeron el cadáver hasta una hoguera, donde lo quemaron.

En dos vuelvos de automóvil quedan muertas cinco personas.

De madrugada regresaban de Carrión, donde pasaron la tarde merendando, seis jóvenes de familias distinguidas de esta capital. A tres kilómetros de Palencia, el automóvil perdió la dirección y se estrelló contra un árbol. Quedaron muertos David Rodríguez Sánchez, de veintiséis años, nieto del presidente de la Diputación; Valentín Oria Garrán, de veintinueve; Ignacio Ciruelo Aguado, de veinticuatro, y Angel Pérez Gil, de veintisiete, y gravemente herido el industrial de Carrión D. Pedro Villafuella, de treinta y dos.

También sufrió heridas don Antolín Galán.



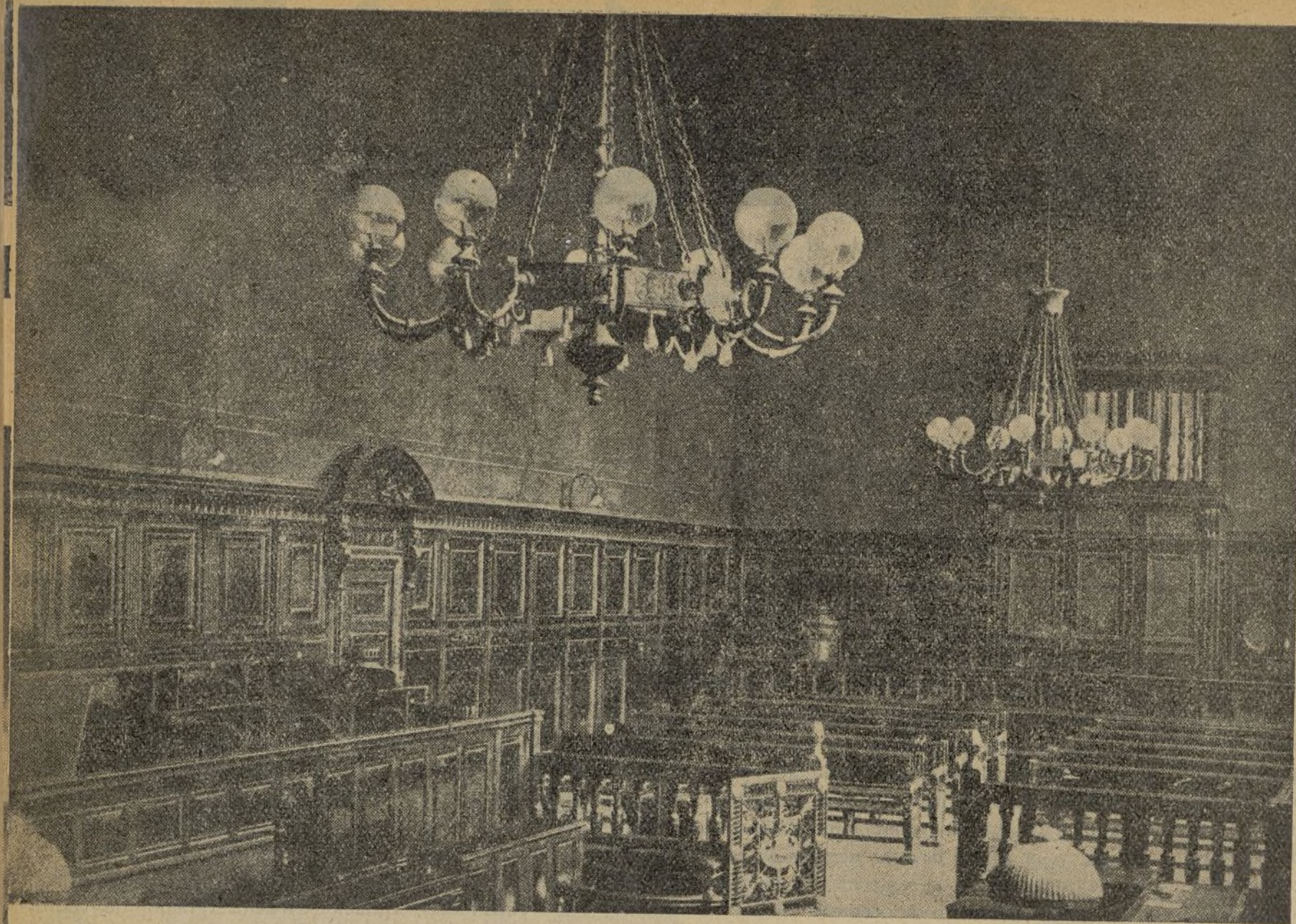
Nuestro compañero Fernando Erena en el lugar donde fué herido Barral.



En Túnez, la populosa capital de la Argelia francesa, un terrible ciclón ha causado daños enormes. Los pobladores de Chaauat, Dgedeita y Jeeourba, se

encuentran completamente cercados por el agua, teniendo los habitantes de los mismos la necesidad de permanecer en los tejados de sus casas esperan

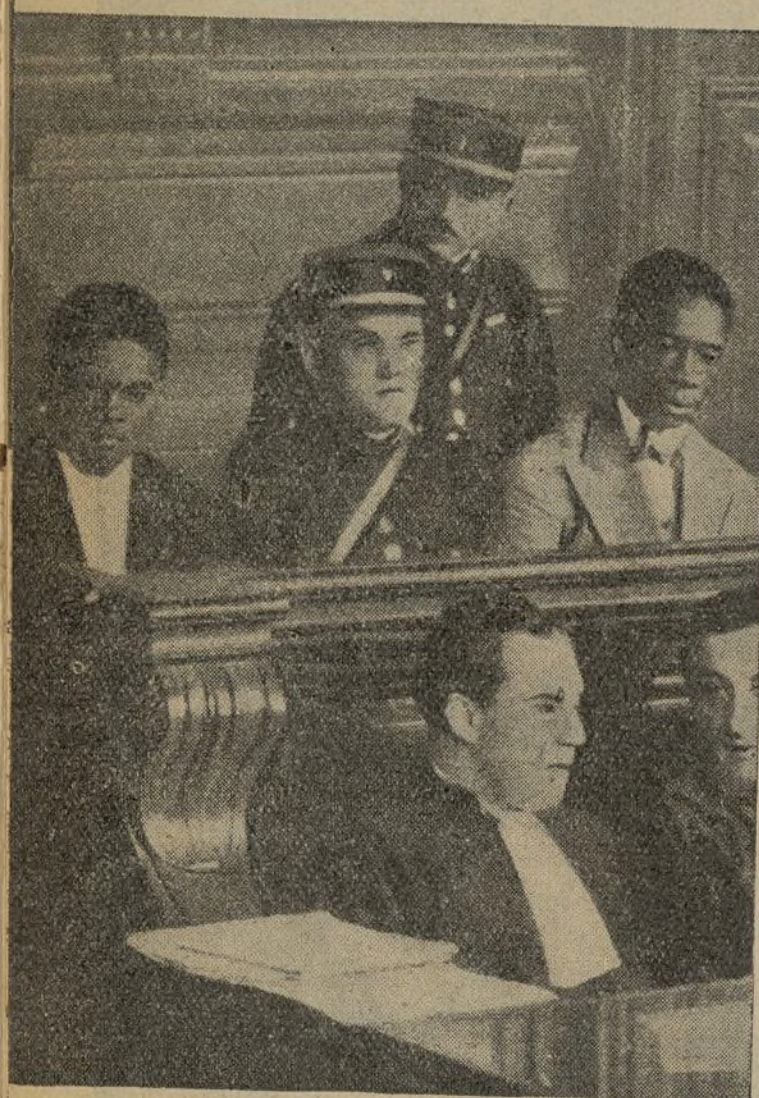
do la llegada de socorros. En varias ocasiones se ha intentado socorrerlos por medio de barcas y aviones, resultando infructuosos estos intentos.



La sala donde se celebran los grandes procesos.

Después de una moratoria, en la que la parte nerviosa de la opinión ha comenzado a desconfiar, la vista del proceso Barataud ha sido, al fin, fijada. Será en mayo cuando comparecerá ante sus jueces el rico industrial asesino o acusado de tal.

Limoges es un buen cuadro para una causa cé-



Los dos negros, acusados y juzgados de tan distinta manera.

ebre. Porque Limoges es una provincia que causa admiración de las gentes, por aparecer como un pequeño París.

Limoges cuenta con delincuentes perfectamente organizados.

Pero hagamos historia: Una noche de enero pasado, la familia Lamaly, unas buenas gentes, había contemplado con sorpresa cómo el chofer de un auto llevaba su coche a una hondonada peligrosa y precipitaba, al parecer inconscientemente, en el abismo del río. La familia Lamaly, a una, dió un rito de terror. Pero casi simultáneamente lanzaban un suspiro de alivio. El chofer había tenido tiempo de saltar del vehículo y quedar a salvo. Mas no

pueden hacer nada por él, ya que desaparece rápidamente en las sombras de la noche de enero.

Los Lamaly consultan entre ellos, y en la incapacidad de encontrar al chofer, corren al río. El auto va poco a poco hundiéndose, hasta que desaparece entre un remolino.

Después de esto la familia Lamaly pone el hecho en conocimiento de la policía, que no se duerme. Las fuerzas se ponen en movimiento, hasta fatigarse.

En una casa modesta de la rue Bernard Palissy, en Limoges, llora una pobre mujer. Después de cuarenta y ocho horas, aun se está sin noticias del chofer Etienne Faure, un hombre serio, ténido por incapaz de ninguna fuga. Todos los que le conocen le estiman y tienen el presentimiento de alguna catástrofe, de la que el buen hombre ha sido víctima.

La multiplicidad de los atentados ha hecho de la ciudad uno de los mejores conservatorios de policía. Rica en precedentes, y totalmente llena de ejemplos, hace que, de investigación en investigación, de dato en dato, los hombres de la seguridad general y de la policía, fraternalmente unidos, nos den la gran sorpresa de detener a uno de los hombres más respetados de la ciudad. A Charles Barataud.

Este hombre explota, por cuenta de su padre, un importante negocio de Kaolin y se relaciona, por ello, con la aristocracia del comercio.

Según se ha podido comprobar, en los lugares que frecuentaba Charles Barataud venía dedicándose a un negocio de maderas. Había entrado en relación con un tal M. Rouse, de Cognac, y debía conducirlo a Puy para ponerlo en relación con el propietario del corte. Las cosas no pasan, exactamente, según el programa tratado de antemano. M. Rouse encuentra en Limoges al comerciante de madera, que le presenta Charles Barataud. Y estos señores parten para Puy en taxi. El coche de Barataud no está disponible.

Desde este punto todo resulta muy oscuro, y después de cuatro largas sesiones, no se ha podido aclarar.

Todas las idas y venidas de Barataud parecen, no obstante, fáciles de encontrar. Se ha reconstituido mal su itinerario, y el chofer, por su parte, no ha podido decir las órdenes que recibió de su patrón ocasional después que condujo a Limoges a M. Rouse y al comerciante de maderas.

Desde luego, no es necesario aclarar que el chofer es Etienne Faure.

Al arrestar a Charles Barataud, el comisario creyó arrestar al más dócil de los criminales.

Después de esto, se esperaba saber el papel que había jugado en el hecho cierta dama de la mejor sociedad de la población. Esto complicaría la cues-

Un gran secreto criminal después del secreto de Landrú

tión con algo sentimental, si la mujer, que estaba en amistad con Charles Barataud, lo estaba igualmente con un muchacho de diez y nueve años, hijo de un tintorero de Limoges, llamado Bertrand Peynet.

Al parecer, éste dió noticia de una noche pasada con Charles Barataud, en donde las distracciones llegaron a su colmo, y en donde Charles Barataud confesó haber matado a tiros al chofer, engañado por él, arrojándose después del vehículo, al ver lo precipitarse en el río. Lo que no explicó fué la causa del crimen.

Después de su detención, Charles Barataud, asesino distinguido, pero ante todo hombre de negocios, negoció sus declaraciones.

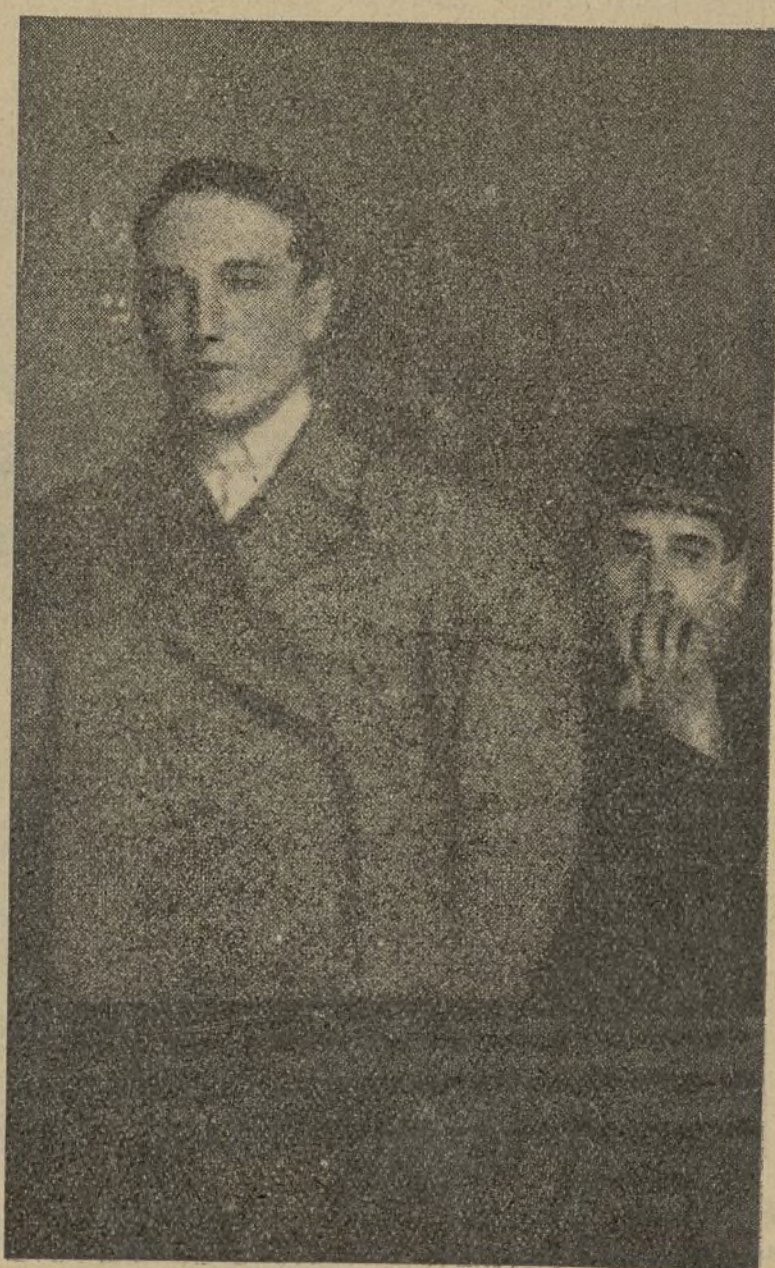
—Lo diré todo si se me conduce a mi casa. Esto es absolutamente preciso.

El comisario accede, esperando que se pueda conocer todo lo que encierra este «affaire». Una sorpresa le esperaba en casa de Charles Barataud.

¡Qué sorpresa!

Si el criminal deseaba tanto este favor, era porque había dado cita en su casa al joven Peynet. Su amigo le esperaba en una pieza, en la que figuraba un fusil de caza.

—Un minuto—dice Barataud a sus guardias—. Y penetra en la pieza, cerrando tras de sí la puerta. Suenan un tiro, acuden, y encuentran a Peynet herido de muerte, bañado en su propia sangre. ¡Un pobre muchacho aniquilado en un momento!



Un testigo del «affaire» Charles Barataud.

Por otra parte, en medio de los juncos de la orilla del río se pudre el cuerpo de Etienne Faure.

Como Charles Barataud tenía en sus manos el fusil humeante, le dicen:

—¿Has matado al muchacho?

Entonces, él, sacudiendo la cabeza para evitar unas lágrimas, hace un esfuerzo y adopta la actitud fiera que desde entonces le ha venido acompañando. Después dice:

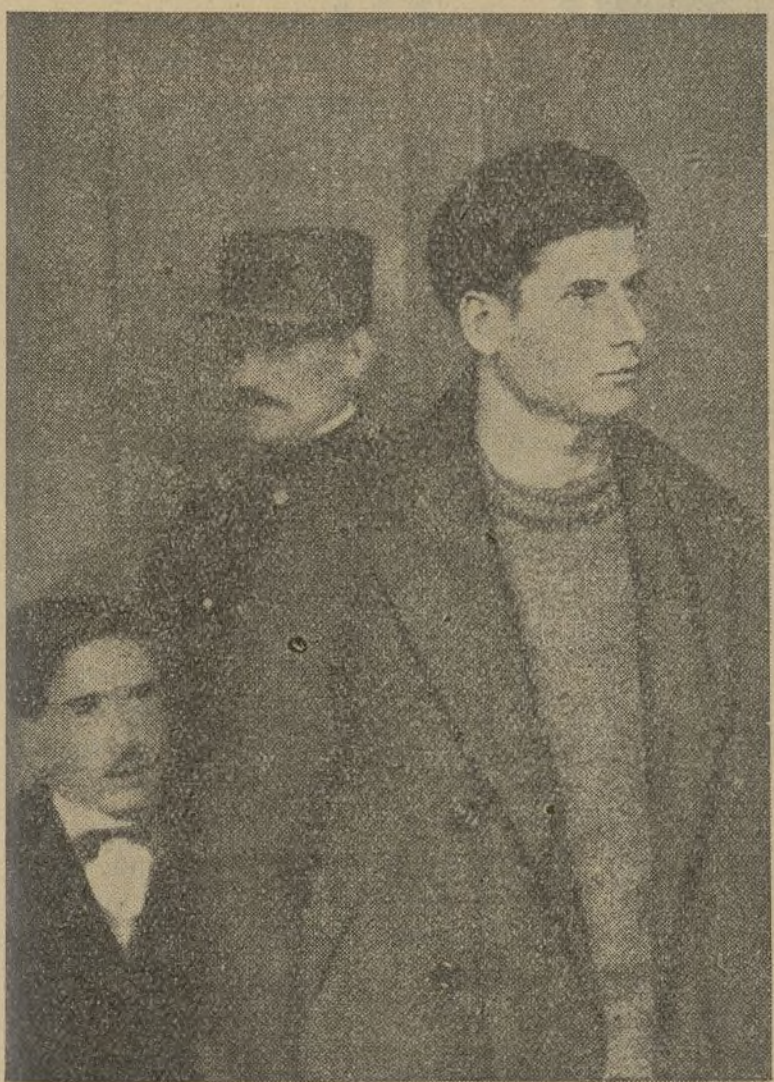
—¡No! Bertrand se ha suicidado, y yo he debido hacer otro tanto. ¿Por qué? ¿Por qué él...? ¿Por qué yo...? No busquéis. Es inútil. Yo no soy asesino. Yo no he matado. ¡Nada de Etienne Faure! Pero ninguno conocerá mi secreto.

He aquí el más bello secreto, después del secreto de Landrú. No se sabe nada. Si la justicia se empeña en creer en la doble culpabilidad de Barataud, es en vano que se busque el móvil. ¿Necesidad inmediata de dinero? ¿Por celos? Todo junto y la necesidad de suprimir a Bertrand Peynet, el niño pervertido, que sabía muchas cosas.

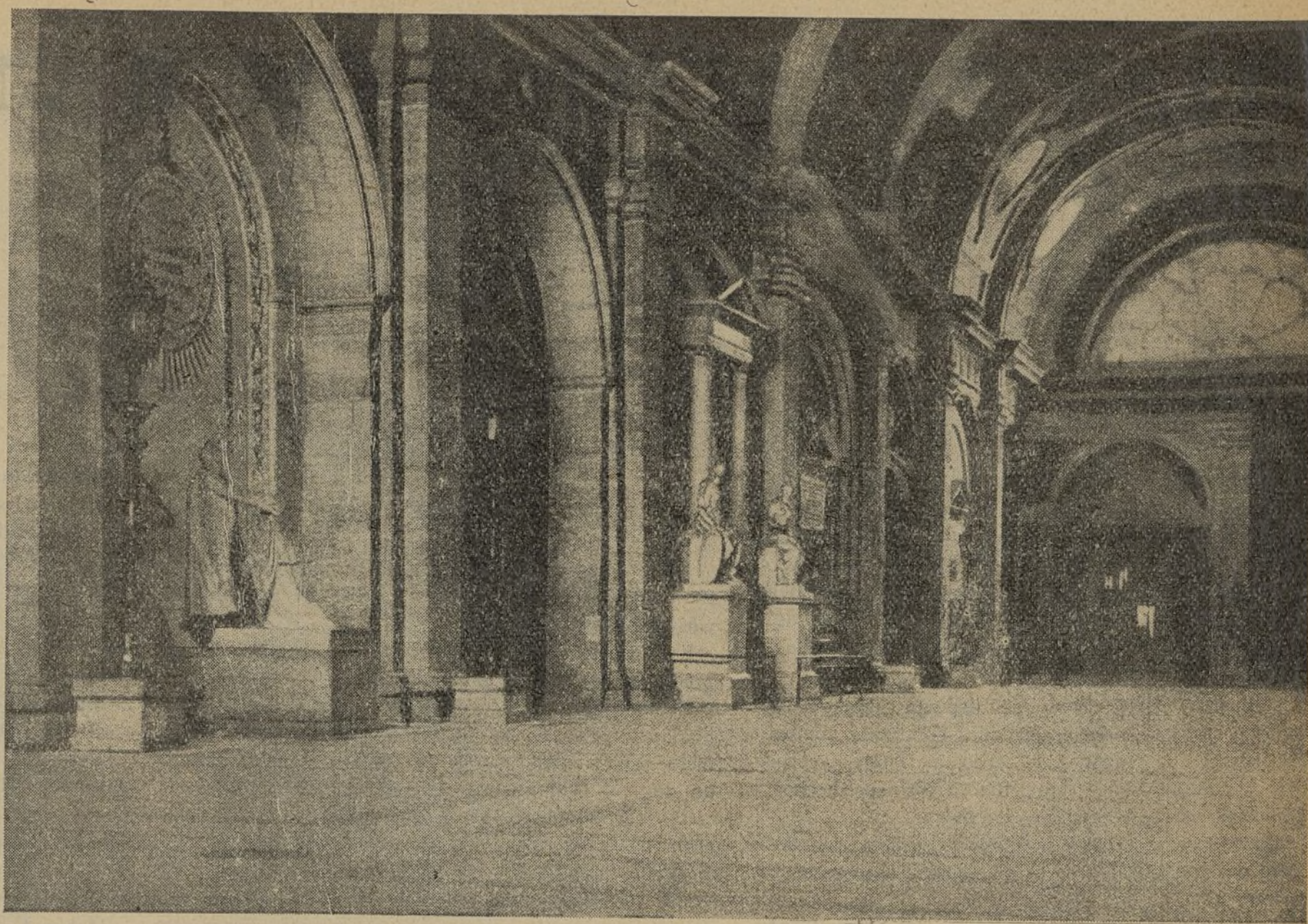
Todo esto pesa sobre el noble jurado de la villa.

Los dos negros ante el Jurado

Mientras que Lionel Julian ha logrado salvar su cabeza recurriendo a todos los medios de casación y



Uno de los Lamaly declara.



La sala histórica de los «Pasos Perdidos».

proceder dilatorio, Lafortune será juzgado. ¿Es posible hacer una distinción entre estos dos monstruos?

El Jurado del Sena ha pensado, y después de todo debe tener una justificación, que la participación, común e igual de Julian y de Lafortune en el robo, puede en la muerte no existir.

Guillaume Lafortune, a petición del defensor de Julian, mostró sus manos ante el Tribunal. Julian las mostró después, y Julian tenía la ventaja. Sus manos eran finas y de dedos cortos, que no pueden en ningún momento producir la asfixia, y, por lo tanto, el asesino de los dos ancianos era Lafortune.

Cuando fué conocido el veredicto, Lafortune dió libre curso a su cólera. Hubiera querido en este momento estrangular a su amigo de otros días, que había cargado tanta responsabilidad sobre él. Un guardia hubo de interponerse entre los negros enemigos.

Al no poder cumplir su venganza cruel, Lafortune profiere algunas palabras:

—Un bruto de su especie... Pero yo no he cometido más que un robo. Muero inocente.

Julian se burlaba de esta explosión verbal. Después de todo, había evitado el ser condenado. Lo demás no importaba.

La carta de un barón holandés

El barón Jan-Jacob-Sixma Van Huemstren es un rico holandés que gusta de pasar algún tiempo en París de vez en cuando. Ocupa en La Haya una situación importante.

El infortunado barón cometió la imprudencia en octubre último de hacerse sorprender en el instante mismo en que pasaba sus dedos ágiles, influenciado por el ambiente del cabaret, sobre las formas de sus vecinos y de sus vecinas.

Pese a su noble cualidad, el barón fué culpado de atentar contra el pudor público y procesado.

El proceso se ha visto últimamente. Durante su celebración el ujier llama al barón con voz grave y sonora. Ninguna respuesta. El barón no aparece. En el mismo instante, coincidencia singular, un ordenanza lleva al presidente, Diosidou, una carta con el timbre de La Haya.

El barón Van Huemstren escribe al magistrado la carta siguiente:

«Querido señor:

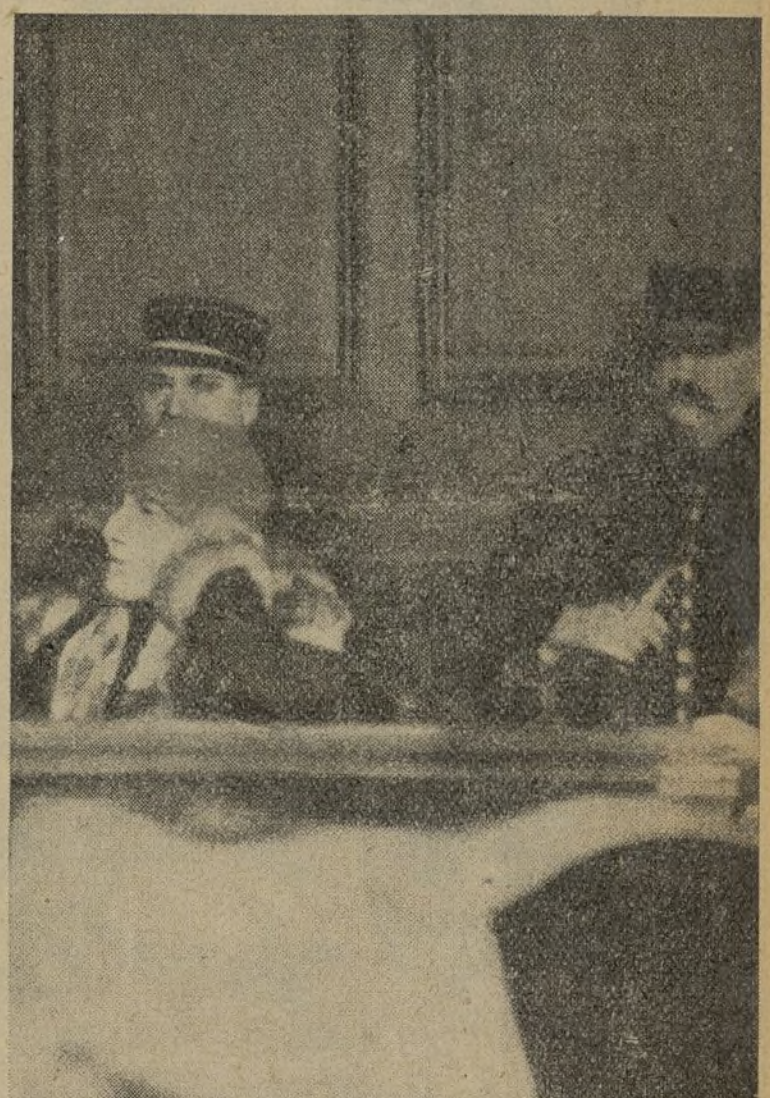
Me excusaré de presentarme hoy delante de vos; pero comprenderéis que, estando en La Haya, me es difícil hacer un largo viaje para un pequeño negocio. Lo que se me reprocha es una cosa corriente en los países civilizados, y sobre todo en París, que es el centro de la civilización, adonde acudimos los extranjeros para admirar sus bellezas.

Estas cosas, que se hacen corrientemente, convengo en que no deben realizarse en público, por lo que estimo la razón de perseguirme. Pero usted sabe muy bien que ello es corriente en todos los music-halls.

Yo, señor presidente, prometo que, al volver, no iré a ningún lugar de éstos, y solamente adquiriré billetes de orquesta.

Espero veros bien pronto en mi próximo viaje. Y estimo que no debéis castigarme más que con una pequeña multa. De 50 francos, por ejemplo.»

El Tribunal juzgó esta carta, y el barón fué condenado a un mes de prisión y 200 francos de multa.



Una actitud de la mujer del chofer durante la vista.

HISTORIA DE LOS BANDIDOS MAS CELEBRES DEL MUNDO

FRANCISCO ESTEVAN

Desde la infancia aprendemos a mirar con la indignación que se merecen, esos seres que, aislándose por completo de la sociedad a que pertenecen, llegan a emanciparse completamente de su tutela y, retrogradando al primitivo estado del hombre, logran, por el derecho de la fuerza, hacer suya la propiedad ajena.

Pero a estos hombres, cuyo nombre llenamos de oprobio cuando su vida es la de unos simples rateros o malhechores, admiramos después que, por la aglomeración de sus crímenes, han sabido granjearse un título.

¡Incomprensible rareza del espíritu humano, que sólo se concibe al ser trasladados con tanta pompa a la historia los nombres de tantos y tantos aventureros y conquistadores, que fueron por sus hechos y fechorías, unos verdaderos bandidos!

Dar, pues, a conocer a nuestros lectores las notabilidades de este género es el objeto del presente trabajo.

Desfilarán por nuestras columnas las vidas aventureras del alemán SCHINDER-HANNES o Juita el Desollador; del famoso bandido calabrés RINALDO RINALDINI; MAKANDAL, el bandido negro; del ladrón inglés DICK-ADAMS; de DAMIÁN HESSEL; de CARLOS BENZEL, el bandido belga, individuo de la cuadrilla de SCHINDER-HANNES; del bandido suizo FRAY SCHWEISER MULLER; del feroz DUCHATELET; del pirata inglés EL CAPITÁN CARLOS VANE; del pirata americano EL CAPITÁN MARTEL; de la valerosa MARÍA READ, la mujer

pirata; del célebre ladrón portugués EL PADRE IGNACIO, y de los bandidos españoles FRANCISCO ESTEVAN, EL RUBIO DE ESPERA y JOSÉ MARÍA HINOJOSA.

Iniciemos estos curiosos relatos con la historia del famoso caballista español Francisco Estevan, que nació en Lucena (Córdoba).

Sus padres eran gallegos y vivían en la calle de Media-Barba, donde tenían instalada una tahona.

Desde chico dió muestras de arrojado y valiente. Soldado, sirvió en infantería de Marina y fué destinado a Cartagena, donde ascendió a sargento. Pero un día, su brillantísima carrera militar quedó truncada. Trabóse de palabras con un vecino de aquella plaza y, enardecido en la reyerta, le disparó un tiro al tiempo que se interponía la mujer de su contrincante. La desgraciada, que por cierto estaba encinta, resultó muerta, lo mismo que su marido. Francisco Estevan se dolió toda su vida del lamentable e inconsciente asesinato de aquella infeliz mujer.

Logró escapar de las garras de la justicia y se refugió en Lucena, dedicándose al contrabando. Perseguido por las rondas, una noche, en una batalla campal, mató a 12 de sus quince perseguidores. A pesar de verse precisado a vivir en el campo, las más de las noches las pasaba en su casa del pueblo.

Su mujer vendía el tabaco por las casas y él la

seguía a cierta distancia embozado en su capa y con su trabuco naranjero a la diestra. Llegó a hacerse tan temible que ni las rondas ni las autoridades se atrevían con él.

Por fin fué apresado. A los pocos días, y sobornando espléndidamente a sus guardianes, consiguió escapar. Vengó su detención cometiendo varios asesinatos.

Habiéndose remitido su causa a Granada y sabiendo que se encontraba en poder del presidente de la Chancillería (actualmente, Audiencia), que por aquel tiempo era un togado, marchó a dicha ciudad, y una noche se introdujo en casa del presidente, se dió a conocer y le obligó a que quemase la causa en su presencia. Hasta el día siguiente no salió de Granada, y lo hizo montado en su caballo y pregonando el tabaco de contrabando que llevaba. La ronda le atacó; pero él, de un trabucazo, mató a cinco guardas y escapó a Antequera.

Habiendo el corregidor de esta populosa e industrial ciudad andaluza recibió la orden de prenderlo, dicho corregidor publicó un bando en el que mandaba que todos le persiguieran y prendieran, ofreciendo mil ducados al que lo presentase muerto o vivo.

Francisco Estevan se enteró del bando y una noche, y armado de todas sus armas, se presentó en casa del corregidor, que se hallaba en su despacho con sus diez empleados oficiales.

Apeóse a la puerta y le hizo pasar recado diciéndole que allí había un hombre que necesitaba verle con urgencia, por cuanto traía noticias seguras del paraje donde se hallaba Francisco Estevan.

El corregidor le mandó pasar. Lo recibió con mucha afabilidad y le preguntó si conocía a Francisco Estevan y cómo lo podrían prender. Estevan, con el mayor cinismo, le contestó que lo conocía, que era su mayor amigo, el único de quien se fiaba, que tenía su estatura, su pelo, sus carnes, hasta que por último, poniéndose en pie y montando el trabuco, le dijo:

—Señor corregidor: Francisco Estevan soy yo, y como he leído su bando vengo a presentarme y a cobrar el premio ofrecido.

No hay que decir el pánico que se apoderó del corregidor y de sus diez empleados, a todos los cuales obligó a que se tendiesen en el suelo con las manos a la cabeza. El corregidor no tuvo más remedio que entregarle los mil ducados.

A pesar de los mil incidentes y persecuciones sufridas, jamás recibió Francisco Estevan herida alguna.

La buena gente del pueblo creyó que para matarle tendrían que emplear balas benditas y milagrosas.

Sin embargo, un compadre suyo llamado Francisco Romero, para vengar la muerte de su amigo Benito Ramírez, asesinado por Estevan en una taberna de Lucena, le esperó una noche en la misma calle donde vivía y, viéndole venir a caballo, lo mató de un certero trabucazo.

Aun se ve en Lucena, y en la calle de Media-Barba, la cruz que indica el sitio donde Francisco Estevan cayó asesinado.

Cuando el dieron a la mujer de Estevan la noticia de la muerte de su marido, cogió un trabuco, buscó a Francisco Romero y, encontrándole en



—Señor corregidor, yo soy Francisco Estevan y vengo a que se me entregue el precio ofrecido en el bando que usted ha mandado poner.



La mujer de Francisco Estevan, busca al matador de su marido y dispara contra él, matándolo.

medio de la plaza del pueblo, disparó contra el matándole.

Para tranquilidad del honrado y pacífico vecindario de Lucena, el cadáver de Francisco Estevan fué expuesto al público durante dos días en la puerta de la cárcel.

Después de vengar la muerte de su marido, la mujer de Francisco Estevan se tiró al campo, dispuesta a continuar a trabucazo limpio la tenebrosa historia de su marido.

Unida a unos contrabandistas del campo de Gibraltar, consiguió formar una poderosa partida, que durante dos años fué el terror del campo andaluz.

Como era una mujer hermosísima, tres individuos de su partida se enamoraron de ella. La capitana los reunió una noche en la célebre cueva de los Fantasmas y entregándoles tres afiladísimos cuchillos les dijo:

—Tomad estos cuchillos y, a pecho desnudo, luchad como luchan los hombres de la montaña. Yo entregaré mi amor al más valeroso.

Los tres hombres se acometieron como verdaderas fieras salvajes.

Es imposible describir aquella espantosa lucha a la luz de la luna.

Ella, sentada sobre un peñasco, contemplaba el terrible combate, sonriendo con una tranquilidad pásmica.

A los pocos minutos, los tres rivales caían acribillados a cuchilladas.

—¡Ninguno de ellos merecía mi corazón!

Este fué el único comentario de aquella terrible mujer.

Recogió los cuchillos, montó en su jaca cordobesa y fué a reunirse con los suyos, que la esperaban con impaciencia.

Al conocer el resultado de la lucha, nadie intentó enamorarse de la bella y sanguinaria capitana.

Una tarde, al anochecer, la partida cruzaba confiada los desfiladeros del tajo de Ronda. Otra cuadrilla de bandidos, que estaba al acecho, los acometió.

La batalla fué encarnizada. Pero la mujer de Francisco Estevan consiguió, con su indomable valor, dominar a sus enemigos.

¡La reina feroz de los campos de Andalucía seguía triunfando. En sus correrías llegó hasta las puertas de Málaga y Granada. Las autoridades, no pudiendo tolerar tanta audacia, coparon a toda la partida. Durante la lucha, la mujer de Francisco Estevan fué gravemente herida. No perdió por eso su serenidad y valentía, y, antes de caer en manos de los guardas de la ronda, con su cuchillo de monte, se atravesó el corazón.

J. M. G.

En el próximo número

EL PADRE IGNACIO

ladrón portugués.

DE UN ÁTROPELLO TRAGICO



Estado en que quedó la desgraciada muchacha atropellada por un camión en la plaza de la Moncloa de Madrid.

El baile, cantera inagotable de sucesos graves

¿Que el baile no tiene nada que ver con los sucesos policiales? ¿Que se creen ustedes eso!

Por lo menos, ese concurso de resistencia que se celebra actualmente en Price entra—¡y no poco!—en el matiz que esta revista cultiva.

Decimos que el concurso de resistencia entra en la crónica policial, y de ello puede dar fe una conversación que hemos escuchado *sin querer* en el tranvía, y que vamos a tratar de transcribir textualmente.

—Te aseguro—decía uno, que, por lo que dejan adivinar sus frases, era escritor y autor teatral—que Madrid está lleno de una piedad falsa por esas gentes.

—¡Piedad falsa! No, hombre, ¡pobres gentes! A mí me dan lástima. No se debía permitir el inhumano espectáculo de mostrar la muerte lenta de esos pobrecitos bailarines... Es una señal de barbarie...

—¡No seas idiota, hombre!—replicó airadamente el otro—. ¡Ni barbarie, ni espectáculo, ni bailarines, ni pobrecitos, ni nada de eso es cierto! Todo es un truco.

—¿Qué mal pensado eres!

—Mira. Respecto a lo de pobrecitos, te diré que hay una pareja que tiene ya recaudadas más de 10.000 pesetas en menos de un mes. Lo de señal de barbarie, es falso también, ya que está allí el que quiere.

—Sí, bueno; pero ¡mira que tantas horas sin dormir, sin descansar!...

—¡Nada de eso! Duermen los quince minutos que marca el reglamento, y muchos otros más a la vista del público, aunque de pie y aun moviéndose un poco. Echándose uno encima del otro, y siendo llevado por éste, duer-



Dos parejas de las que se han disputado el campeonato de resistencia como bailarines.



Uno de los bailarines en completo estado de agotamiento se abraza a uno de los muchos «admiradores» que le asiste.

men como lirones muchas horas del día, y, eso supone un muy apreciable descanso.

—No, no; de todas maneras... Claro que hay una cosa que no me gusta nada, y es la manera descarada y comprometedor que tienen de pedir dinero al público la mayor parte de los que hay en la pista.

—¡Ya ves tú! ¿Qué me dices a eso? A ver si está bien que una persona popular, de cualquier actividad o profesión no puede ir al Circo, porque en cuanto asoma, ya están anunciando «una exhibición de la pareja tal dedicada a don Fulano». Y don Fulano, verdaderamente asaltado, suelta un billete, o varios billetes, estableciéndose a veces un pugilato entre dos o más señores «a ver quién da más»...

—Sí, ya te digo; eso, no me gusta...

—Y luego tú dime: escribir un artículo me cuesta a mí hora y media o dos horas de trabajo, consecuencia de estudios anteriores y de constancia y cultura. Pues bien, cuando yo entrego un artículo en un periódico, cobro menos que un bailarín de esos por dar cuatro pataditas en la pista sin arte, ni gracia, ni belleza.

—Sí; también es cierto...

—Y otra cosa. Un teatro da dos funciones y paga dos veces los impuestos. Da tres, y paga tres veces. Pues bien, el Circo, con este espectáculo, se llena varias veces al día y paga una sola vez el impuesto. ¿Es eso justo? ¿Por qué ha de tener ese espectáculo indigno un trato especial? ¿Es que, acaso, el público aprende ahí más que en un teatro?... Te digo que, viendo estas cosas, dan ganas de dejar de escribir para el teatro; pero no como don Jacinto, sino de verdad...

Se apearon los dos amigos y yo me quedé sin saber en qué acabaría aquello. Pero fui al Circo una y otra vez. Y, por fin, logré hablar con el empresario artístico del espectáculo, al que pregunté:

—¿Cuándo terminará este concurso?

—Eso no lo sé yo; ni nadie.

—Entonces, ¿no tiene fecha fija para su terminación?

—Así es; aunque ya comprenderá que, puesto que la Empresa tiene la facultad de ir acortando los minutos de descanso que disfrutan cada hora, no nos es difícil calcular—y provocar, ¡claro!—la terminación del campeonato, que esta vez será del sábado al lunes...

—Cada vez tienen menos minutos de descanso, ¿no es cierto?

—Sí. De quince minutos bajan progresivamente hasta tres, y en el límite, ya no pueden salir de la pista. O sea, están en movimiento continuo ante el público...

—Hasta que quede una sola pareja.

—Eso es. Y la que quede será la campeona del concurso.

—Diga usted. Cuando acabe este campeonato de Madrid, ¿qué harán?

—Vamos a Lisboa; ya nos están esperando.

—¿Llevando los mismos bailarines?

—Casi todos los que han bailado aquí estos últimos días y los que quieran inscribirse allá...

—Entonces, usted los contrata...

—Los contrato para las exhibiciones nada más. Pero, aparte eso, ellos cobran sus primas y premios, como si no estuvieran contratados.

—Una última pregunta. ¿Es cierto que hay aquí un policía, continuamente relevado, en espera de que Ludovic termine, para llevárselo a encerrar?

—¡Eso no es cierto! Puede usted desmentirlo. Lo sucedido fué que Ludovic tenía cierta cantidad de dinero en el Banco; envió a un amigo suyo a retirarlo para guardarlo aquí, y éste volvió diciendo que le habían robado en el camino.

—¿Y era verdad?

—¡Cualquiera afirma o niega! El no tiene pruebas de que sí, pero tampoco nadie tiene de que no. De todos modos ya ve lo sucedido, y eso no es como para que metan en la cárcel a Ludovic. Mire si será buen chico que la Empresa artística, el día que sucedió el percance, dejó su setenta por ciento íntegro en favor del artista...

¡Ya veremos si todo esto no viene a parar en una o varias crónicas policiales!...

AVENTURAS DE HERLOCK HOLMES

Un crimen extraño



LOS ^{GRANDS} SUCECOS

Nº 3



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



30 CTs

LOS SUCECOS EN EL EXTRANJERO



EN SALISBURY E.E.U.U. UN NEGRO ES AHORCADO Y QUEMADO POR LA MULTITUD

Lit. J. Foruny. Madrid.